



Ilustración quincenal.

DIRECTOR
Adelardo Ortiz de Pineda
Oficinas: Olmo, 4.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

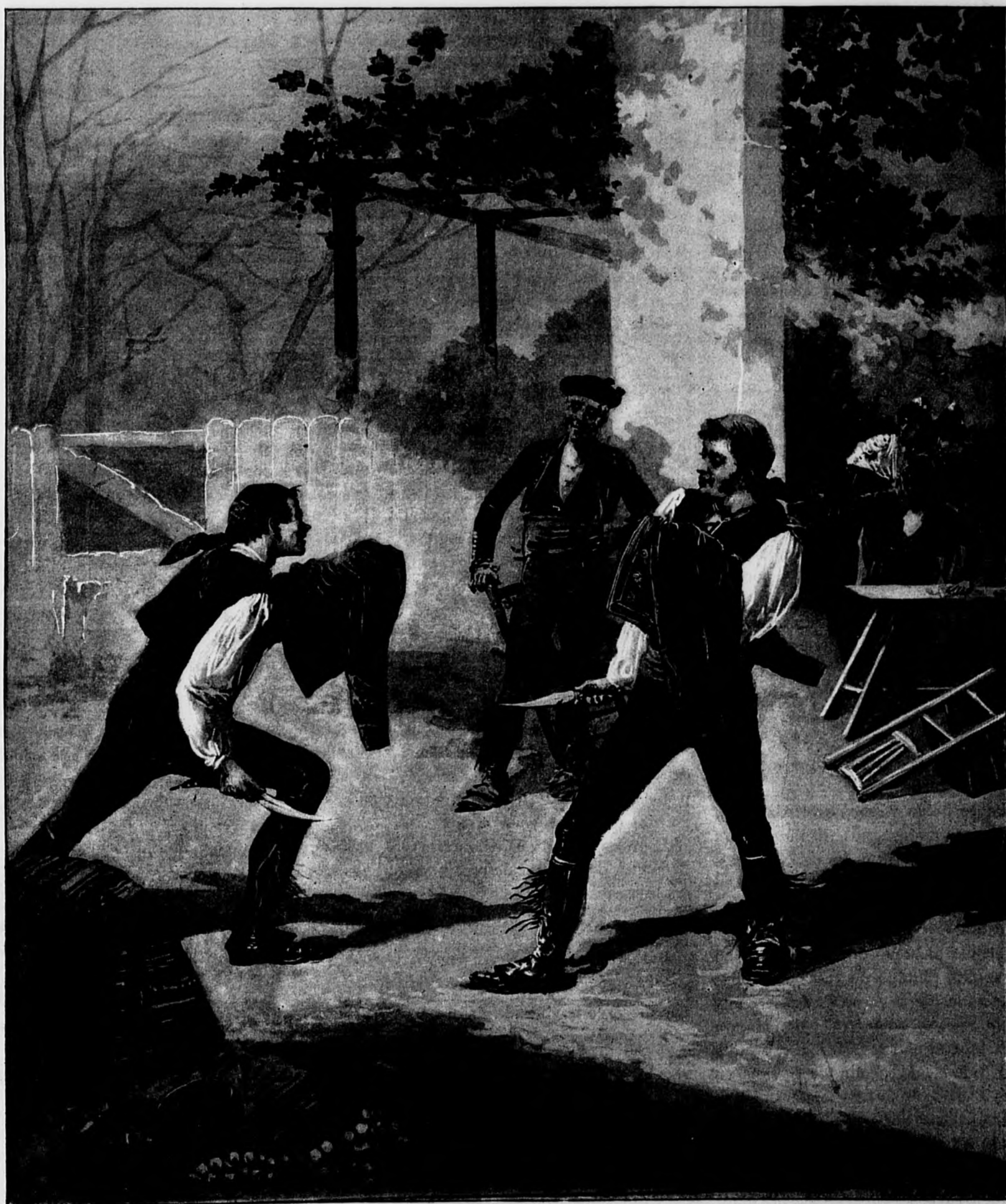
	TRES MESES	SEIS MESES	UN AÑO
Madrid.	6	11	20
Provincias.. . . .	8	15	25
Ultramar y Extranjero.	18	35	35

AÑO II

Madrid, Febrero de 1894

NÚMERO 3.º

ESGRIMA DE LA NAVAJA



LA ROMERÍA, ACUARELA DE M. PICOLO



SUMARIO

Texto: CAUSERIES, por Rafael Camarón.—LA ROMERÍA, por Salvador Rueda.—AGRICULTURA.—BILLAR.—PELOTARISMO.—JOSÉ GARNELO Y ALDA, por Antonio Cánovas y Vallejo.—CUENTOS DE LEVANTE: *El Terruño*, por Rafael Altamira.—TAUROMAQUIA.—JARDINERÍA.—NOTAS TEATRALES, por Raguier.—CAZA.—GIMNÁSTICA.—BOXING.—CAZA DE LA PERDIZ CON RECLAMO MACHO, por José María de Conde.—CARTA DE LONDRES, por Puck.—CARRERAS DE CABALLOS.—EL CARNAVAL DE MI ESCOPE- TA, por Enrique Sepúlveda.—EL MONASTERIO DE PIEDRA, por Fray Candil.—NUESTROS GRABADOS.—LA NOTA CÓMICA, por Luis Gabaldón.—ANUNCIOS.

Ilustraciones: ESCRIMA DE LA NAVAJA: *La Romería*, acuarela de M. Pícolo.—JOSÉ GARNELO Y ALDA, dibujo del natural.—S. A. LA INFANTA DOÑA ISABEL, cuadro de J. Garnele.—SPORT ECUESTRE. *El Polo*, dibujo de E. Caton.—BELLAS ARTES: *Dos Revolucionarios*, cuadro de Hermann Kock.—LA PERCHA MÁGICA, historieta cómica en seis dibujos de Pedro de Rojas.—CATORCE CABECERAS ARTÍSTICAS, VARIAS ALEGORÍAS INTERCALADAS EN EL TEXTO Y PROFUSIÓN DE ADORNOS MARGINALES.



CAUSERIES

¡Febrero loco...!

Aquel aire llegaba al rostro con los contactos de un calenturiento. Eran alientos de horno que mezclaban penetrantes perfumes de mujer. Emborrachaban.

Yo, sentía que mi cráneo vaciado de ideas se llenaba de deseos como la atmósfera luminosa del baile se anegaba en los destellos de las lámparas eléctricas... Mis ojos habían huido de sus cuencas... Mi cabeza debía parecer, á distancia, esos *asustachicos* que se improvisan con una orza en cuyo vientre se hace arder una luz cuya claridad sale fuera por dos agujeros practicados en él, por vía de ojos...

¡Qué locura!... Por el salón, de área espaciosa, pasaban y pasaban hombres y mujeres, enlazados cada vez más como por atracciones poderosas... Aquel dar vueltas incesante era el enroscarse sin fin de gigantesco ofidio, brillante de colores, bajo olas de luces...

Todo se oscurecía volteando á mi alrededor...

¡El baile se había vuelto loco! Alzaba su vozarrón cascado é inseguro... En medio del vocerío se ahogaban las notas de la orquesta como un concierto bajo una tronada, á orillas de un mar batido por rachas de tempestad furiosa.

Me agarraba al brazo de una mujer—un brazo desnudo, pintado de rosa, con todas las palpitations de la carne *viva*.—De una mujer... ¡qué se yo, quién eral Una máscara con quien topé al entrar en el baile, vestida de blanco, toda la falda sembrada de violetas.

Me asía á ella con no sé que afán inexplicable... Decididamente—me decía—tú te has bañado en *manzanilla* y te has... *resfriado*.

Tuve un capricho extravagante, *robarle*, una á una, todas aquellas violetas prendidas en su vestido. Hubiera podido pedirselas;

pero me imaginé que no accedería. La idea de despojarle de ellas contra su voluntad me obsesionaba. Era mi idea fija. No veía más. Todo era en torno mío violetas que colgaban de nubes blancas como los ampos de la nieve. Comencé mi tarea con marrullerías de gato ladrón... Y, élla, no debía observar el despoje...

Aquello no concluía. Las violetas se multiplicaban á mis ojos. Creía tener atascados los bolsillos... La desconocida, á veces, me observaba y se reía *candorosamente*—creía yo.—Al fin me descubrió... y *se lo confesé todo*—como dicen los novelistas *chirles*.

—¡Quitarme mis violetas!—exclamó con seriedad cómica—¡Imposible!... ¡Si están pintadas! pero yo te *indemnizaré* con esta—dijo—dándome una violeta natural que salía entre sonrisas de sus labios envuelta con un beso... natural también.

Luego, me desperté porque todo fué puro sueño, á raíz del baile celebrado en el Teatro Real, por el Círculo de Bellas Artes, á quien debo atenciones, que les mando desde mi humilde puesto de *chroniqueur*—ó lo que sea—de la CRÓNICA DEL SPORT.

El editor de *La Guirnalda* ha tenido la atención—que le agradezco—de enviarme un ejemplar de la última novela de Galdós, *Torquemada en la Cruz*. Clarín tiene razón. Si se comparan—en lo que tienen de *comparable*—*Torquemada* con *La de San Quintín*—desde el punto de vista literario, salvo las diferencias que van de género á género—se observará que Galdós *puso más cuidado* en la obra teatral que en la novela.

La de San Quintín está más *pensada*. Es pulida de frase, copiosa en imágenes brillantes. Hay delicadezas de pensamientos, de que está falta la novela, y, que, quizá, en élla, encajasen *naturalmente*. La descripción que hace la *dicharachera* duquesa—á trechos, de carácter, humanamente *sentido*—de su pasada opulencia, no *va* con ninguna de las escritas en *Torquemada*...

Lo cual que... no es esto decir que, aisladamente, deje de ser de recomendable *interés* literario.

Galdós es Galdós y... *Torquemada en la Cruz* una novela

interesante graciosa y fina,

que dicen en la voceada zarzuela.

Y... perdone el Sr. Galdós las ligerezas de este juicio.

Cada cosa á su tiempo... y, esta no es ocasión ni sitio para una *crítica* pausada... y pensada de la novela, en cuestión.

Esto suponiendo que *osara* andar por tales vericuetos. ¡Yo, con *críticas*!...

Dónde vas con mantón de Mani...la...?

Dónde vas con vestido chi...nel...?

como cantan en la *Verbena de la Paloma*

y... *no sé cuantas cosas más*—sainete de *Vega* con música de *Bretón*.

La curva negra de los suicidios, sube que sube—durante la quincena—en el diagrama de las miserias del día.

Para *Lombroso* y *Lacasagne* que lo explican: suicidios y suicidios mientras corren por días... y noches, los estremecimientos de la *juerga* carnavalesca: por los días azules de anticipados abriles, bajo noches cuajadas de plateadas estrellas...

¡Y... el Carnaval ríe que ríe en bailes y *jaranas*!... Es la carcajada diabólica de un truhán que se emborracha para reír, y ríe para romperse el cráneo... El dolor que, insultado por la alegría, se quita del medio... Tal vez la locura... y, más, éste *arrastrar la carga* de la vida, por las arideces de un desierto, donde no hay más que espejismos embusteros y... egoísmos, ignorancia, miserias... ¡tierra, mucha tierra!... y tropas de *camellos* de gran joroba inflada de crímenes y rapacerías de lo peor...

Camellos—dije—No me vuelvo atrás. Personalidades (1) que van y vienen por el arenal abrasado de la vida, llenos de *grasa* con que afrontar las hambres que nos muerden, mientras las amorosas palmeras envejecen, consumidas de sed, mandándose en alas de las brisas la dulcedumbre de sus besos generadores.

¡Ah!... ¡Que este mundo de nuestros pecados sólo es patrimonio de unos cuantos *cabayeros* que absorben cuanto jugo encuentran al contacto, como esponjas sedientas... insaciables!

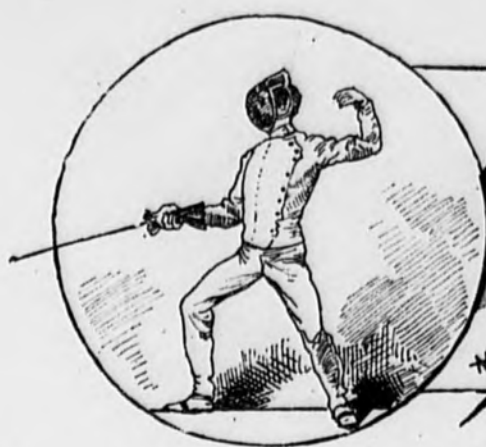
Misteriosa lectora que me envías en perfumado billete azul—¡oh la poesía!—*protesta* sin distinguos, contra la opinión que de vosotras las españolas—debes serlo cuando así te engurruñas—formó Mantegazza, y, que, tuve el atrevimiento de transcribir en mi última crónica, no tomes con *calor* los insultos—así les llamas—de *ese señor*, que dices—y, es, el ilustre pensador citado.

A que se vuelve atrás si sacas á *lucir* las *ciencias ocultas* de tus ojos oscuros y tus *andariveles* de mujer andaluza.

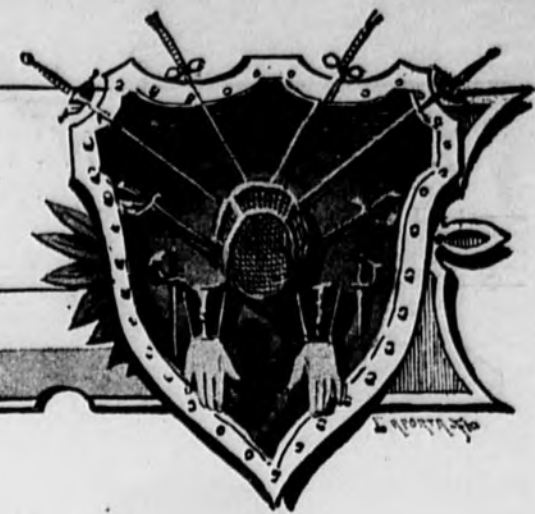
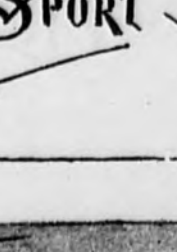
¡Ignorante la mujer española...! Te enfadas por el *dictorio* y... luego tendrás *rabia*, como muchas, á doña Emilia Pardo!

RAFAEL CAMARÓN





CRÓNICA DEL SPORT



LA ROMERÍA

(FRAGMENTOS)

Cuadro, Málaga en desorden;
dosel del festín, la higuera;
por contorno, las montañas;
y por tapiz, la floresta.

Arde Málaga en anhelos
de reprimida impaciencia,
y todo es música y danza
y risa y jolgorio en ella.
Alistanse los galanes,
compónense las mozuelas,
y de los barrios famosos
por sus riñas y pendencias,
y de la ciudad, que ufana
contempla el mar que la besa,
en caravanas alegres
que bullen y se atropellan,
de *Las Barrancas* acuden
á la florida pradera.
Va el *trinitario* provisto
de inmensa bota repleta,
que á cada paso la empina
y mira hacia las estrellas;
el *perchelero* le sigue,
que á la cintura sujeta
lleva la *jaca* traidora
que le sirve en la pelea;
va también el *capuchino*
con amorosa pareja
entregándose al arrullo
de la plática más tierna;
detrás, mozos diferentes
persiguen á las doncellas
de los demás arrabales
escapados á la fiesta;
todos marchan confundidos,
y entre el bullicio que reina
y las ondas que relucen
de la luz que se deshebra,
en ruidosos carruajes
donde los rayos se quiebran,
marcha también á la orgía
lo elegante: *La Alameda*.

Liégase al campo, y los haces
de humanas olas que ruedan,
á torrentes desembocan
en la esplanada soberbia.
Lucen allí sus encantos
las *victorianas* bellezas,
que del amor como diosas
ofician tras de las rejas;
hembras de opuestos matices
dan variedad á la fiesta,
entre todas descollando
por lo graciosa y lo bella,
la *trinitaria* famosa,
de cuya imagen morena
pudiera hacerse el retrato
pintado de esta manera:

Sobre dos pies diminutos
viene una falda ligera,
que en sueltas *tablas* termina
y que, al andar, se despliegan;
guarniciones primorosas
unas sobre otras sujetas,
van á escalar la cintura
terminando en las caderas;
encubre el cuerpo garrido,
sobre el corsé que lo besa,
sabiamente abotonada
una pulida chaqueta;
da la vuelta á la garganta
collar de brillante felpa
donde una cruz es martirio
de aquel que á mirarla llega;
zarcillos de oro enriquecen
las sonrosadas orejas;
flores, el bello peinado;
el seno, gasa ligera;
y de los hombros cayendo,
un rico mantón la estrecha
con pájaros de colores
y un fleco que arrastra y cuelga.

Sobre el tapiz florecido
de la anchurosa pradera,

cubren el suelo guitarras,
platos, copas y meriendas.
Bajo higueras y parrales
á comer todos se aprestan;
y mientras uno levanta
cual cáliz la copa llena,
y este canta, y otra ríe,
y otro baila, y aquel juega,
en lugar donde el bullicio
redobla danza y verbena,
y chasquidos de cristales,
y romperse de botellas,
hacia una mesa que brilla
de estrechas cañas cubierta,
una moza se adelanta
con la mano en la cadera,
y arrancando de los hombros
su chal de brillante seda
y airosamente limpiando
con él la luciente mesa,
mientras los vasos derriba,
que vibrando se atropellan,
erguido el talle gallardo
canta al son de una vihuela:
«Para alegría las copas,
para bullicio, una fiesta;
y para el hombre que adora
el corazón que en él sueña.»

En esto, de opuesto lado,
entre el fragor que resuena,
estallan desgarradores
los ayes de una pendencia.
La gente se arremolina,
gritan y corren las viejas,
huyen todos espantados
haciendo *rancho* á la gresca,
y entre una nube de polvo
alzada por las carreras,
dos gitanos, frente á frente,
se miran sobre la arena.
Descompuestos los semblantes;
en el cinto las tijeras;
arrojados los sombreros
y separadas las piernas;

en las manos las navajas
y en el codo las chaquetas,
con la fuerza y el coraje
del que rabia y se impacienta,
como trombas irritadas
se acometen con fiereza.
Uno al otro se abalanzan,
vuelven luego con cautela,
recios tajos se dirigen
que en el codo los sujetan,
tornan, giran, adelantan,
retroceden, culebrean,
hasta que el uno vencido,
lanzando ronca blasfemia,
cubierto de roja sangre
rueda cual tronco por tierra.
Cien y cien exclamaciones,
el aire ardoroso pueblan
mientras la gente se agolpa
formando maciza rueda;
acuden á la algaraza
esbirros y gente seria
que con datos y con nombres
forman estricta reseña;
toca la gente á desorden
viendo que el cuerpo se llevan,
se da el suceso al olvido...
¡y torna á reinar la fiesta!

Pero ya el sol expirante
sus rayos manda á la tierra
en cuyas luces de oro
el polvo brillante juega;
mansamente por el llano
el concurso se dispersa,
melancólicos cantares
dejando por la ribera;
chirría el grillo en la sombra,
el ave azorada vuela,
gusanos de luz rutilan
en las fragantes macetas,
y al reflejo de la luna
que tras del monte se muestra,
¡el cielo brilla, y se cuaja
de esplendorosas estrellas!

SALVADOR RUEDA



Un agrónomo del Tarn ha dirigido
una interesante comunicación al Comicio Agrícola de
Albi, tratando de la conservación de las legumbres y
frutas por medio de la cal.

El procedimiento consiste en colocar capas alterna-
das del producto que se trate de conservar y de cal en
polvo. Así ha guardado el comunicante patatas duran-
te catorce meses, sin que pierdan su frescura; las re-
molachas y las zanahorias cogidas en septiembre se
tienen en junio como el día de su recolección. Las
uvas, peras de invierno y muchas otras frutas se con-
servan también así. El sistema es barato, porque la
cal no pierde nada y después puede utilizarse como si
no hubiera servido.

El periódico belga *La Mense* dice que el comercio de
la naranja adquiere allí cada invierno mayor desarro-
llo: en la última semana llegaron á la estación de Gui-
llermíns 14 vagones, conteniendo cada uno cien cajas
de 300 á 400 frutos; en su mayoría eran procedentes
de España, pues son preferidas á todas otras. Las cla-
ses de piel fina, grano de oro, mandarinas, etc., ad-
quierien excelentes precios en aquel mercado.

En carta que recibimos de la Mancha nos dicen que
los campos tienen hermoso aspecto, las sementeras es-
tán muy crecidas y lozanas; pero la cosecha de aceite

es casi nula. En los vinos, hay poca demanda del
blanco y regular de los tintos, que alcanzan un precio
de 1,50 á 2 pesetas arroba. La cosecha de patatas fué
muy abundante, y se vendió con buenos provechos.

Una de las mayores desgracias que puede ocurrir á
los labradores en pequeña escala es que se les mueran
los animales que en su trabajo emplean; el reponerlos
es á veces imposible, y su pérdida suele acarrear la
ruina de una familia. Comprendiéndolo así, los agri-
cultores de la ribera del Ebro han formado una Socie-
dad de seguros mutuos, que habrá de dar seis onzas
en oro por cada bestia muerta á sus asociados, y que
les ayudará á renovarlas cuando así lo necesiten.

Digna de imitarse nos parece la conducta de estos
labradores, que, fundándose en máximas de ahorro y
unión, han creado tan benéfica Sociedad.

BILLAR

Muchos son los aficionados al juego de billar, y, sin
embargo, pocos conocen el origen de este recreo, que
fué el siguiente:

El judío Bell Kew era dueño de una casa de presta-
mos en Inglaterra á mediados del siglo xvi; por las
tardes descolgaba las tres bolas de madera que ser-
vían de muestra á su establecimiento, y, empujándo-
las con la vara (*yarda*) que para medir tenía, jugaba
con ellas sobre el mostrador. De las palabras *Bell yard*,
desfiguradas por la pronunciación inglesa, tomó el bi-
llar su nombre.

Las primeras mesas tenían cinco troneras, y, en lu-
gar de tacos, se usaban mazas de madera con puño de
marfil. Entonces había también un arco de marfil, lla-
mado *puerto*, y una pieza denominada *rey*, que se ponía
en un extremo de la mesa. Las carambolas, de inven-
ción francesa, no se generalizaron hasta 1840.



La *Voz de Guipúzcoa* publica el si-
guiente reto:

«Irún solo jugará un partido contra
Portal y el *Chiquito de Abando*, en la plaza de Irún, á
cesta y blé.»

Las pelotas serán de Ibarra, y en el saque, para el
cual no se fija cuadro, se habrá de rebasar la línea del
botillo.

Se atraviesan 5.000 pesetas.

Es seguro que aceptarán los retos.

Ante el Notario D. Santiago Erro se ha otorgado en
San Sebastián la escritura de la Compañía general de
Frontones extranjeros, de la que nos ocupamos en el
número anterior.

La Compañía es anónima, con un capital de 2 mi-
llones de pesetas, dividido en 400 acciones de á 1.000
duros; la mitad de estas acciones están ya suscritas
por capitalistas vascongados, que tienen vivo interés
en que el negocio se haga en aquellas Provincias.

En el año actual se abrirán al público por lo menos
tres frontones: *Beti-Jai*, en Madrid; *Beti-Alai*, en Vi-
llafranca, y el de Fuenterrabía, que será el mayor de
los construidos hasta ahora. Además, se hacen impor-
tantes mejoras en otros varios.



JOSÉ GARNELO Y ALDA

CONTADÍSIMOS eran los aficionados á las Bellas Artes que, al inaugurarse la Exposición Nacional de 1887, habían oído el nombre que encabeza estos renglones. Algunos, los más enterados, sabían que así se llamaba un joven, casi un niño, que revelaba en sus estudios una disposición increíble, y un entusiasmo por la pintura, pocas veces igualado.

Inauguróse al fin, el certamen referido, y pronto, el nombre antes oscuro, se hizo popular. Al pie de un hermoso lienzo representando la *Muerte de Lucano* figuraba la firma de Garnelo. El cuadro se impuso al público y al Jurado de recompensas. Era una composición semi-clásica, ajustada al estrecho patrón de sus congéneres, pero ejecutada con un vigor y una destreza tan grandes, que la opinión se mostró unánime al juzgarla. El inmortal poeta cordobés, el esclavo que en primer término y vuelto de espaldas al público contempla la escena, las restantes figuras agrupándose alrededor del moribundo, la severa propiedad del fondo, las flores esparcidas por el suelo, y sobre todo y ante todo, los blancos finos como ningunos otros, que Garnelo pintó en su primer obra de empuje, sedujeron á la muchedumbre y, puede decirse que por unanimidad, se le concedió una segunda medalla.

Hay que tener en cuenta para aquilatar el mérito de esta primera victoria, que Garnelo entonces, era un niño, con todas las consecuencias naturales de serlo, y por consiguiente, ignoraba la virtud sobrenatural de las recomendaciones. El premio, pues, lo ganó, como vulgarmente suele decirse, á pulso y con solo la fuerza de su cuadro.

Animado con resultado tan halagüeño, volvió á Roma, y al aproximarse la Exposición Nacional siguiente, los artistas y los aficionados se preguntaban con interés qué aportaría al certamen el autor laureado de la *Muerte de Lucano*, que hoy honra el Museo del Prado. Sabíase que el boceto de la *Ninfa Dianira*, que le proporcionó la pensión para Roma, era una verdadera preciosidad. Conocióse algo de lo que en la ciudad eterna había pintado. Asegurábase por cuantos de Italia venían, que Garnelo seguía progresando.

Y al fin, la Exposición se abrió, y todo el mundo pudo ver la original y modernísima composición de *El Duelo interrumpido*.

Para quien esto escribe, el cuadro distaba algo de ser perfecto y, en general, le gustaba menos que la *Muerte de Lucano*. Pero la tendencia á desterrar tónicas y academias, era sana (por más que todo quepa dentro del arte, y bien lo demuestra pintando antiguo á lo moderno el coloso de la composición, el elegantísimo Alma Tadema); el afán de lo nuevo era laudable, y el deseo de interesar al público con un drama de la vida ordinaria y corriente, indudablemente digno de aplauso. Y, como á tales consideraciones se sumaban condiciones inapreciables de color y verdaderas maravillas de ejecución, el cuadro venció en la lucha y fué también premiado.

El traje de la muchacha que abrazada á uno de los combatientes, deteniéndole, y dejando adivinar, á pesar de no vérsela la cara, que era una hermosura fascinadora, no se olvidará fácilmente á cuantos vieron el *Duelo interrumpido*. Ella, era la causa del desafío y del conflicto. Aquel trozo de pintura, era de extraordinaria belleza plástica. Y nada digo del bien encontrado contraste entre las damas que descienden del carruaje, los caballeros con trajes que denotaban salir de un baile, y el ambiente fresco de un amanecer en la poética campiña: la calma de la naturaleza que despertaba, sirviendo de marco á aquellas figuras que buscaban la muerte, era de irresistible encanto.

Hubo quien motejó al estudioso artista de oscilar entre dos extremos á cual más peligrosos; el clasicismo ya gastado, y el modernismo con todas sus forzosas consecuencias. Y, sin duda por eso, Garnelo preparó para la Exposición internacional del Centenario, el magnífico *Colón* que todos admiramos en el último certamen, que era un prudente término medio entre ambas exageraciones, por llamarlas de alguna manera, y que fué premiado con 1.ª medalla.

A pesar de todo, yo, y conmigo muchos que valen mucho más que yo, preferimos á Garnelo describiendo con su fogoso pincel esas escenas de la antigüedad en que da rienda suelta á su inspiración por sentir quizá los asuntos mejor que otros ningunos. Muchas eran las bellezas del *Colón*, pero aún más numerosas eran las que atesoraba *La madre de los Gracos*. Además, Garnelo que tiene el privilegio, que posee el don rarísimo de pintar muy bien el desnudo, no tiene más remedio que lucir doblemente en aquellas composiciones en que el desnudo tiene natural cabida. Los *Gracos* eran dos preciosidades de tono y de dibujo. La carne transparente de la niñez y la elegante contextura de aquellos futuros ciudadanos romanos, eran maravillas de interpretación. Gustaban á unos más que á otros, pero, todos reconocían que estaban asombrosamente hechos. Tal es, á grandes rasgos relatada, la vida oficial de Garnelo.

Artista de corazón, tanto como hombre de alientos, no duda del porvenir, y marcha seguro de sí mismo á realizar el ideal que concibe como finalidad del arte que cultiva con tanto provecho como honra. En su estudio, es un hombre reflexivo que medita mucho

una idea antes de esplanarla con los colores siempre brillantes de su paleta. Trabajador infatigable, para él, su descanso, es, el pintar. Entre sus últimas obras figura un cuadro que ha dedicado á su A. R. la Infanta D.ª Isabel, y que, reproducido por el fotograbado, publica hoy la CRÓNICA DEL SPORT. Es una nota grís de sumo atractivo, y el parecido de la augusta retratada, muy notable.

Mas no es esa la obra capital que últimamente ha nacido en su taller de la calle de Hortaleza, el mismo que tuvieron, Vera y Moreno Carbonero. La obra magna, la que seduce, en mi concepto, de las varias que tiene en proyecto ó abocetadas, es un estudio de uno de los salones del Real Palacio, copiado con incomprensible ensañamiento. Podrán ir otros tan lejos en la pintura de los espejos de las paredes y techos, de las arañas de nuestro Alcázar, pero no más allá.

Modelo de perspectiva justa, mucho tiene que trabajar Garnelo para que el día en que aquel salón se llene de figuras, la vista no vuele á solazarse en la hermosa grandiosidad del fondo, menospreciando lo que debe ser principal en un cuadro.

Pero, obstáculos más insuperables al parecer, venció el inspirado artista, y no hay que temer por la suerte de su obra.

Concluiré estos renglones manifestando que, entre los que llevan al dedillo la estética artística contemporánea, Garnelo es, con Sorolla y Simonet, una de las más fundadas esperanzas. Garnelo, pertenece al grupo más joven de los maestros, y aunque lo sea ya, aún es de esperar que no se contente con los laureles conquistados y siga en la brecha batiéndose contra la indiferencia y las envidias, demostrando, que aún puede dar mucho más de lo que ha dado, y aumentando la importancia que oficial y mercantilmente ha alcanzado en España y en Europa la firma de Garnelo.

ANTONIO CÁNOVAS Y VALLEJO

CUENTOS DE LEVANTE

EL TERRUÑO

I

Las tres de la mañana aún estaba despierta María Pepa. Ni el cansancio del viaje, ni el deseo satisfecho de ir á la fiesta del pueblo después de muchos años de faltar á ella, bastaron juntos para hacerla dormir. Toda su buena voluntad, alimentada por la ilusión que siempre produce el volver á la patria y á la familia, no fué parte para que la moza—acostumbrada á ciertas comodidades de ciudad—dejase de extrañar la cama. Parecíale dura y mal oliente, á pesar de que la buenaza de la tía Francisca, que adoraba en María Pepa, le había dado lo mejor de la casa. Pero, al fin y al cabo, los colchones escaseaban y ninguno pecaba de muelle ni de nuevo.

Hubo un momento en que la forastera se angustió enormemente. ¡Hacía tanto calor en aquel cuarto! Bajó de la cama y abrió la ven-



tanita que daba al corral: el ruido despertó á una gallina é hizo huir á varios conejos. María Pepa sintió rápida impresión de frío y saltando sobre los colchones, cubrióse de nuevo con la sábana. Quedó así un rato boca arriba, gozando del contraste que le procuraban la tibieza del lecho y el ambiente exterior que refrescaba á toda prisa. La luna, ya en el ocaso, próxima á esconderse tras de la sierra, envió un rayo de luz blanca, que iluminó el suelo. Entonces pudo la moza contar los melones, las espigas de maíz y los pimientos picantes colgados de las vigas, y discernir aquel conjunto de olores—extraños ya á sus narices de ciudadana—que le había atormentado contribuyendo al insomnio. La imaginación voló en pos de los recuerdos, evocando los días de la niñez en que ella, María Pepa, había arrastrado por el polvo de los campos sus piecitos desnudos, nada temerosos de espigas ni de insectos; y en seguida, por asociación natural, pensó en las hermosas medias de seda que había traído para ponérselas el día de la Virgen y que tan ajustadamente apretaban desde el pie ancho y duro al muslo lleno, suave y lechoso de la joven. Se le apareció luego la imagen de su madre, de cuya muerte se acordaba muy bien; luego la de su padre, cuando ella era una doncellita de quince que ya no enseñaba las pantorrillas por bajo de la saya corta ni se subía á cada paso en las higueras y los almendros. Recordó, en fin, los cuidados recibidos de la tía Francisca, la determinación adoptada de ponerse á servir en la ciudad, en casa del señor juez, mediante recomendación del alcalde, y los primeros años de vida urbana en que no faltó ni una vez á la fiesta del pueblo. Luego vino un viaje á Madrid, que le impuso hábitos de mayor refinamiento y buen gusto, aspiraciones de señorío y sentimientos nuevos. A los nueve años habían vuelto á la provincia, y la familia no cesó de importunarla hasta que consiguió despertar en ella otra vez los deseos de ver el pueblo; á los que, justo es decirlo, se unió en gran parte el orgullo de lucir sus lujos de criada de casa holgada y fina.

La primera impresión fué muy agradable, llena de memorias y de sorpresas. Las amigas casi todas casadas y con hijos; la tía, vieja y achacosa; los primos hechos unos

hombres, altos, morenos y también sucios. Todo lo personal había cambiado: sólo la Naturaleza permanecía como antes. La misma palmera, delgada y elevadísima, á la puerta de la casa; el mismo olivar á la derecha; los mismos almendros y algarrobos al frente y las montañas azules y desnudas á la espalda.

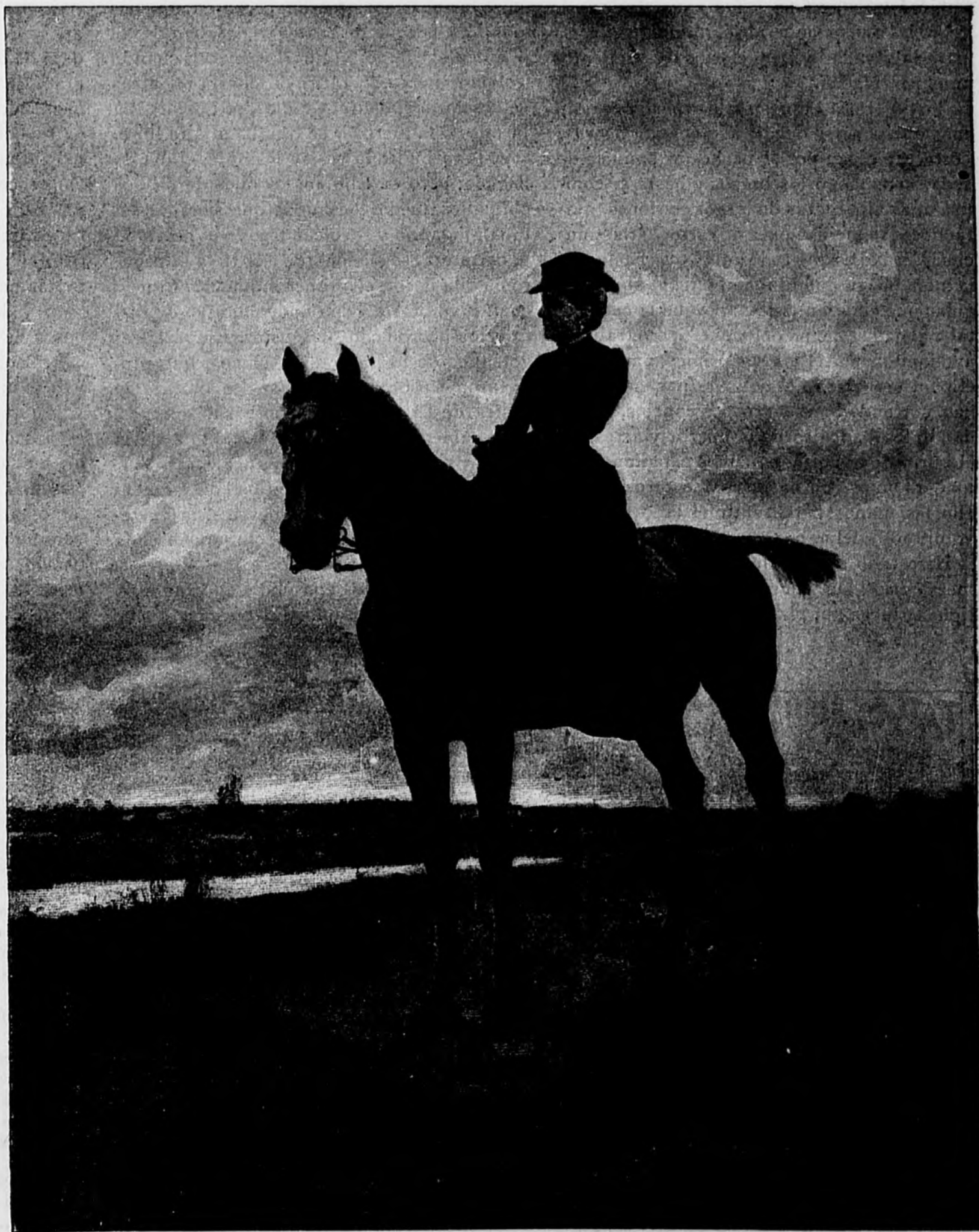
El sentimiento del campo renació en aquel espíritu amamantado entre árboles, nidos y sembrados. Gozó de veras y respiró á pulmón lleno, á pique de hacer saltar los cordones del corsé. Y con este gozo no hizo alto en la cena sobria y pobrísima; en aquel frito de pimientos y tomates mezclado de salazón barata y aquellas cebollas blancas, orondas, turgentes, que casi servían de pan.

La reacción vino con la hora de acostarse. Para las gentes del campo, todo es alcoba en caso de apuro; y así cada cual se acomodó donde le vino, cediendo el cuarto mejor á la forastera; pero con ser mejor y todo, ¡qué des-

engaño! La diferencia con aquella alcobita tan mona que tenía María Pepa en la ciudad, era para sentida. La criada tenía allí sus muebles, su lavabo, su guardarropa, todo en orden, aunque no tan limpio como ella se figuraba; y aquí, ni lavabo, ni armario, ni más que una silla.

Miró la muchacha sus ropas, colgadas parte en clavos, de la pared, y en parte amontonadas sobre un arcón de pino al lado de la cama, y notando al pie de ésta una camisa morena y basta que su tía había olvidado guardar, apartó por un movimiento casi instintivo la sábana, para contemplar la finura y los adornos de su camisa descotada. Luego volvió á mirar al techo, donde el vienteillo de la mañana balanceaba un manojito de hierbabuena.

Muy deprisa, fué huyendo el rayo de luna, y el cuarto quedó otra vez oscuro. Por fuera no sonaba otro ruido que algunas patadas



S. A. LA INFANTA DOÑA ISABEL.—Cuadro de J. Garnelo.



acompañadas y sordas que daban los mulos sobre la paja de la cuadra vecina. El hermoso y sedante silencio de los campos lo envolvía todo, y María Pepa concluyó por hallarse bien y cerrar los ojos adormilada. Todavía los abrió, asustada por el ladrido de un perro que sin duda husmeaba gente en la carretera vecina, porque sonó también, lejano, el ruido de un carro que pasaba. Por fin se durmió de veras la moza, á tiempo que se levantaban sus primos para aviar las caballerías y marchar al trabajo.

II

A los dos días, ya estaba María Pepa como si nunca hubiese salido del pueblo. Bien entendido, ni depuso sus aires de señorita para con las amigas, ni se dejó bromear mucho por los mozos. Pero dentro de casa; volvió á ser lo que años antes. El estrato campesino que había en aquel cerebro, en vez de buzarse subió á la superficie y fué amparándose de toda la que no era absolutamente precisa para la vanidad y para ciertos refinamientos muy arraigados.

Vistió María Pepa su falda más pobre, sin más que ponerse debajo una enagua ligera y corta. Se cruzó por el pecho un pañuelo de seda, arremangó los brazos y hasta se compró unas alpargatas de largos cordones, quitándose las medias para no estropearlas mucho. Verdad es que todo aquello lo hacía por la mañana, en que ni iba al pueblo ni era regular que viniesen visitas, porque la casa estaba alejada, vecina del monte; pero trabajó, ayudando á su tía y á sus primos, amasando el pan, arreglando el salvado para las gallinas, cortando hierba para los conejos, escarando los bancales de la huerta y arreando el burro de la noria, en cuyos cangilones, de madera unos, de barro cocido otros, metía ella las manos para sentir el beso fresco y voluptuoso del agua.

Hizo todo esto, primero por atractivo de mera curiosidad, por renovar impresiones antiguas y luego por placer, sintiendo alegría in-

mensa, como la de un estudiante en vacaciones. La comunidad de trabajo dulcificó también, de golpe, las relaciones con sus primos. Eran éstos cuatro. El mayor, Juan Pedro, estaba casado y vivía aparte, de mediero en una hacienda cercana. Seguía Francisco, mocetón de treinta años, garrido y blanco todo cuanto el sol permitía; y tras él, los dos pequeños, nacidos juntos, parecían por lo curtidos, espigados y morenos, de tanta edad como su hermano. Las simpatías de María Pepa iban—no podía negarlo—hacia Francisco. Habían sido novios de muchachos, cuando ella tenía quince y él veinte. Luego, la separación mató en flor aquellos amores, de que cuando menos María Pepa no volvió á acordarse. Tampoco ahora sentía la emoción de antes al hablar con su primo; pero sí una atracción íntima que le hacía preferir la compañía de Francisco á la de los otros, quizá por ser aquel más fino, más señorito y más limpio que sus hermanos. De todos modos, las ocasiones fueron pocas en aquellos dos días, porque los mozos se pasaban de sol á sol en el campo; y sólo al anochecer, cuando volvían, había su ratito de charla mientras se desemparejaban los mulos, se descargaba la mies ó la hierba y se cenaba al aire libre.

A Juan Pedro lo vio un instante, el día de llegada; pero en cambio, los hijos de él, dos chiquillos medio desnudos que siempre estaban jugando y revolcándose en el polvo de la carretera, se aficionaron á la tía y se pegaron á ella desde el primer momento. Con lo cual, tuvo María Pepa nuevo motivo de distracción acorde con sus gustos. Empezó fregoteando de lo lindo á los chicos, que protestaron á voces de que se les quitara la costra de cal, añeja ya sobre sus cuerpos; pero hubieron de rendirse á la energía de la moza, y sacar á luz la piel blanca y fina. Verdad es que la función se repitió al día siguiente porque los señoritos volvieron á la carretera y nadaron en el polvo como quien nada en el mar en día de verano.

Al verlos María Pepa chilló en grande; y á pesar de la sonrisa medio burlona medio

inocente de los chiquillos, hubo azotes y llores, después de lo cual vino la limpieza. Afortunadamente, aquel era día de riego, y la acequia rebosaba de agua transparente y fría, que al rozar con las hierbas del margen susurraba en notas delgadas y altas. María Pepa no se anduvo en chiquitas. Cogió á uno de los sobrinitos, y Francisco, que estaba á poca distancia tapando un desagüe con el legón, le trajo el otro. Desnudólos la moza y los zampó en la acequia. Nunca lo hiciera. Tomáronlo los chicos por juego y no por engorro, y chapotearon de lo lindo, rociando á la tía.

—Habrá cochinos—dijo ella remangándose la falda y sin poder dominar la risa. Venid aquí, que os friegue bien con jabón.

Ni por esas. Remontaron la acequia los chiquillos por el lado contrario, de modo que no era posible alcanzarlos desde la orilla en que estaba María Pepa. Titubeó la moza un momento; pero al cabo, desatándose las alpargatas y subiéndose la enagua hasta más arriba de la rodilla, entró en el agua y se apoderó de los chicos. Sintió una impresión tan grata de frescura, que permaneció allí, estremeciéndose de placer, cada vez que, al inclinarse, subía el agua un punto más. Comprendió entonces el gozo de los chicos; y lentamente, con la pastilla de jabón en una mano y la otra sosteniendo las ropas, fué lavándolos y zambulléndolos. Se entretuvo tanto, que cesó el riego y comenzó á decrecer el agua rápidamente. Los pequeños aún chapoteaban: y de improviso, echaron á correr, en busca de otra acequia. María Pepa los dejó ir, y sonriente, alegre como nunca, se cogió á unas matas y aupó para subir al margen.

—Espera, que voy—le gritaron.

Volvió la cara, y al ver á Francisco que venía á ella todo mojado y lleno de lodo, soltó las ropas y se ruborizó vivamente. Francisco también se puso rojo y la miró con ansia devoradora. A María Pepa, no obstante la turbación, le pareció su primo más simpático y hasta más hermoso que nunca.

(Continuará.)

RAFAEL ALTAMIRA



El Sindicato de Fiestas de Mont-de-Marsan (Francia) ha ultimado el programa de las dos corridas de toros que tendrán lugar en las fiestas de la Magdalena. Se estoquearán seis reses cada tarde, de las ganaderías de Salamanca y Sánchez Carreros, por los espadas Fabrilo y Reverte.

Ya se ha verificado la tiente de las reses de D. Rafael Surga en sus cerrados de las Cabezas (Cádiz).

De 55 becerros probados se desecharon sólo 10, habiéndose mostrado los otros muy bravos y codiciosos.

El Sr. Surga obsequió con esplendidez á sus invitados, entre los que se contaban el Marqués de Villamarta y Sres. de Muruve, Cámara, García, Mendicuti, Paul y Angulo, Larraz y el diestro Bombita como asesor.

Afirma Tabardillo en el *Diario Mercantil*, de Barcelona, que en el finado año de 1893 se celebraron en España 581 corridas de toros, á las que asistieron

4.648.000 espectadores, que ingresarían en taquilla unos trece millones de pesetas.

Se han lidiado 1.600 toros, que, á 500 pesetas, suman 1.600.000 pesetas.

Los espadas y sus cuadrillas cobraron 1.420.000 pesetas. Como se ve por estos datos, la afición, lejos de decaer, va en aumento.

El tránsito entre el empirismo y el verdadero arte del torero es un hecho: cada día se habla de un nuevo Centro, donde se enseñará á la juventud á manejar los trastos de sus mayores con arreglo á principios fijos y sancionados por la experiencia de los maestros.

El 8 de febrero empezó el curso en la Escuela taurina establecida en la calle de Marte, en Sevilla. Ciudad Real, Jaén, Guadalajara y Badajoz tratan también de crear Centros docentes.

¡Si Montes resucitara, que no resucitará!...

Sin que respondamos de la exactitud de la noticia, se nos ha asegurado por personas que suelen estar bien enteradas el irrevocable propósito que tienen de retirarse algunos famosos diestros. *Cara Ancha* toreará por última vez en las corridas que tiene escrituradas, sin admitir nuevos compromisos; *Guerrita* está decidido á cortarse la coleta muy en breve, y el *Espartero* no hace un misterio de que el año 94 será el último de su vida pública.



He aquí la receta que aconseja el distinguido químico agrónomo Wagner, para que las plantas que se cultivan en tiestos adquieran y conserven notable lozanía: Se echa una vez al mes, encima de la tierra, las cantidades siguientes de amoniaco: 6 centigramos para una maceta que tenga 10 centímetros de diámetro; un gramo si éste es de 12; 4 para el de 15 y 20, y 8 para el de 24.

Las plantas de crecimiento rápido, como los rosales, las fushias, los geráneos, las verbenas, exigen abonos más frecuentes que una vez al mes. En cambio los vegetales de crecimiento lento, como las palmeras y demás plantas verdes que reciben poca luz en las habitaciones y se desarrollan muy despacio, no deben ser abonadas con estos polvos más que una vez cada dos meses.

Con sólo echar la mezcla indicada y regar después lentamente y sin exceso, se obtendrá una vegetación hermosísima, y ya se sabe lo difícil que es conservar algunas semanas en las habitaciones plantas que no se marchiten, ni se mueran.



NOTAS TEATRALES

NIEVES es la última producción dramática del autor de *Carrera de obstáculos*, *El guardián de la casa*, *Cariños que matan* y *La Charra*.

Cuando apareció por primera vez el nombre de Ceferino Palencia suscribiendo una obra que vivió largo tiempo en los carteles del teatro de la Alhambra, la crítica le saludó como esperanza de ese arte tan difícil y tan venido á menos que apenas si lo cultivan con fruto media docena de autores.

Aquella obra era algo más que una esperanza: era la revelación clara, evidente, de un ingenio cómico de primer orden y de una delicadeza literaria exquisita.

En *El guardián de la casa* se nos presentó ataviado con todas las galas y perfecciones del génio.

En *Cariños que matan* y en *La Charra*, sin decaer, se sostuvo vacilante. La crítica opinó, con muchísima razón, que *El guardián de la casa* era muy superior á ellas.

Esto mismo ocurre con *Nieves*.

Lo que me trae á la memoria á Bongrand, uno de los personajes que Zola pinta en *L'Œuvre*, que, célebre ya, condecorado y miembro del Instituto, vivía atormentado por la angustia de no poder mantenerse en las sucesivas creaciones á la altura de su obra maestra, el cuadro que marcaba el punto culminante de su carrera artística.

Afortunadamente para el autor de *Nieves*, no ha llegado aún, ni después del éxito de *El guardián de la casa*, la hora fatal en que encuentre su Waterloo. Todo el acto primero, alguna escena del segundo, y la pasión dramática de otras del tercero, demuestra que se encuentra todavía en la plenitud de su vigor intelectual. Pero el resto de la obra, y sobre todo el tema que desarrolla, significa una equivocación en la elección de éste.

María Tubau, aunque abrumada, por lo difícil y peligrosa de su situación, por tratarse de una obra de su marido, cosa propia, y estrenar el papel siendo parte tan interesada en el éxito, y, por consiguiente, tan sensible á las manifestaciones que el público fuera haciendo, con sus actitudes, su voz, su figu-

ra y sus gracias personales, ha dado en *Nieves* la prueba más gallarda de su extraordinario talento, sobreponiéndose á todo, y conquistando palmo á palmo para su esposo el aplauso y el éxito, y para ella, el nombre de *Diosa del arte escénico*.

Zaragüeta, comedia en dos actos, original de Vital Aza y Ramos Carrión, obtuvo en Lara un éxito tan estrepitoso como merecido. Es una obra primorosa; un modelo perfecto de su género. Llena de gracia sana, que no necesita para revelarse las violencias del retruécano ó el estimulante, no siempre culto, de los atrevimientos al uso. Es una comedia en que el chiste brota espontáneamente del diálogo, y la fuerza cómica se deduce forzosamente de las situaciones, y que revelan en sus autores un conocimiento de la escena que sólo obtiene el talento verdadero después de largos años de observación y de estudio.

El Teatro Real nos ofreció la última obra de Verdi.

Falstaff es una comedia musical en que, el más famoso de los compositores con que hoy cuenta Italia, el artista octogenario, ha encontrado en su excepcional naturaleza el vigor y la voluntad necesarios para acometer una innovación en la forma de la comedia lírica italiana, tan importante como la que hizo Rossini en la primavera de su vida y de su genio.

Si Verdi no tuviera tan bien ganada su fama, este último esfuerzo para levantar la bandera musical de su patria, antes tan gloriosa; para mostrar á los reclutas del arte un modo de compenetrar la tradición clásica de la música cómica con los procedimientos novísimos, esta su última demostración de que las últimas formas musicales no deben rechazarse por sistema ni aplaudirse por moda, sino estudiarlas y aprovecharlas para el renacimiento del arte, merecería el más alto galardón que pudiera dar Italia al anciano artista y al viejo patriota.

¿Ha acertado Verdi en su generoso empe-

ño? Razón hay para dudarlo en vista del éxito de *Falstaff*.

La consideración y el respeto, que bien ganados tiene el ilustre maestro, entraron seguramente por mucho en los aplausos con que fué recibida la nueva obra en Milán; pero en nuestro Teatro Real no fueron bastante poderosos para romper el hielo de la indiferencia sino en dos escenas del segundo acto: una el monólogo que canta Pini Corsi, y otra la declaración de amor de Falstaff á Alice, muy bien cantada por Menotti, y repetida á instancias de todo el público.

Nuestro público, mal acostumbrado á la claridad melódica de la música italiana, no se entusiasmó al escuchar verdaderos diálogos cantados, á pesar de acompañarlos una instrumentación riquísima en bellos y chispeantes diseños donde á cada paso se advierte la maestría del compositor.

La última obra de Verdi es de las que sin duda ganan oyéndola repetidas veces, por la abundancia de detalles melódicos y armónicos que escapan á la atención más tenaz en las primeras audiciones; mas puede asegurarse que no hay en ella ninguno de esos grandes rasgos de inspiración que sacando de quicio hasta á los más apáticos, producen explosiones de entusiasmo.

La Sociedad de Conciertos dió la primera de sus audiciones bajo la dirección del maestro Jiménez.

Lo más saliente fué: la *suite* de orquesta, titulada *Roma*, que compuso Bizet cuando estaba pensionado en Roma, y en la cual bien se advierten las incertidumbres de quien empieza la carrera de compositor, aunque ya aparezcan destellos del genio del malogrado autor de *Carmen*; y la quinta sinfonía de Beethoven que, como siempre, entusiasmó al auditorio, pues la lozanía de sus motivos, la sobriedad de sus armonías, la frescura de sus melodías y el ingenio de sus ritmos, revelan al compositor inspirado que más tarde había de asombrar al mundo con sus artísticas concepciones.

RAGUER



La cacería en el monte de Batres con que se ha cerrado la temporada, ha sido altamente satisfactoria; el total de piezas ha sido de 225, descomponiéndose esta cifra total en 8 perdices, 7 chochas, y el resto conejería.

Los escopetas fueron los Sres. Amezaga, Juan y Luis, Julián Olivares, Eduardo Trompeta, José María Creus, y D. Luis y D. Felipe Morenés.

La galantería cariñosa con que los Sres. de Amezaga reciben á sus amigos, ha dejado este año honda memoria en los aficionados que han visitado el monte de Batres; la temporada próxima que tan favorable se presenta proporcionará nuevos é inolvidables en aquel delicioso monte, y en aquella más deliciosa compañía.

Sentimos que el exceso de original nos impida insertar por entero la reseña que se nos envía de la gran fiesta organizada por el Casino de Cazadores de San Humberto, de Valencia, para conmemorar el aniversario de su fundación.

Consistió ésta en un certamen de tiro de palomo, celebrado en Godella, ante un Jurado, compuesto por

D. Antonio Delas, presidente; D. Pedro Boluda, don Ignacio Vilella y D. Gabriel Catalá, vocales, y como secretario D. José Grajales. Intervinieron los famosos *colombaires* Vicente Miralles y Francisco Llorca.

En el primer ejercicio—tirada á *pacte* de uno—ganó el premio D. Enrique Alborn, que, de doce piezas, derribó seis, y el accésit D. Vicente Villanueva, que mató, de doce, cinco. Compitieron diecisiete tiradores.

El segundo ejercicio era una tirada á *pacte* de dos, y fueron premiados D. Salvador Cifre y D. Enrique Huerta, obteniendo el accésit D. Enrique Alborn y D. Rafael Casañi, después de dos empates.

Como remate de tan lucida fiesta, se hizo una tirada general. El número de aves soltadas se elevó á 650.

Varios cazadores de Rasquera han matado una cabra montés, cuyos cuernos miden 60 centímetros de largo, lo que acusa, al decir de los inteligentes, una edad de doce años. Tan magnífica pieza formaba parte de un hato de ellas que vaga por las cercanías de aquel pueblo.

GINNASTICA

El Club Velocipedista de Huesca ha adquirido todos los aparatos del gimnasio establecido en el Casino Sertoriano, y desde primeros del próximo febrero dará clases de gimnasia en el local social, bajo la inteligente dirección de D. José María Serrate.



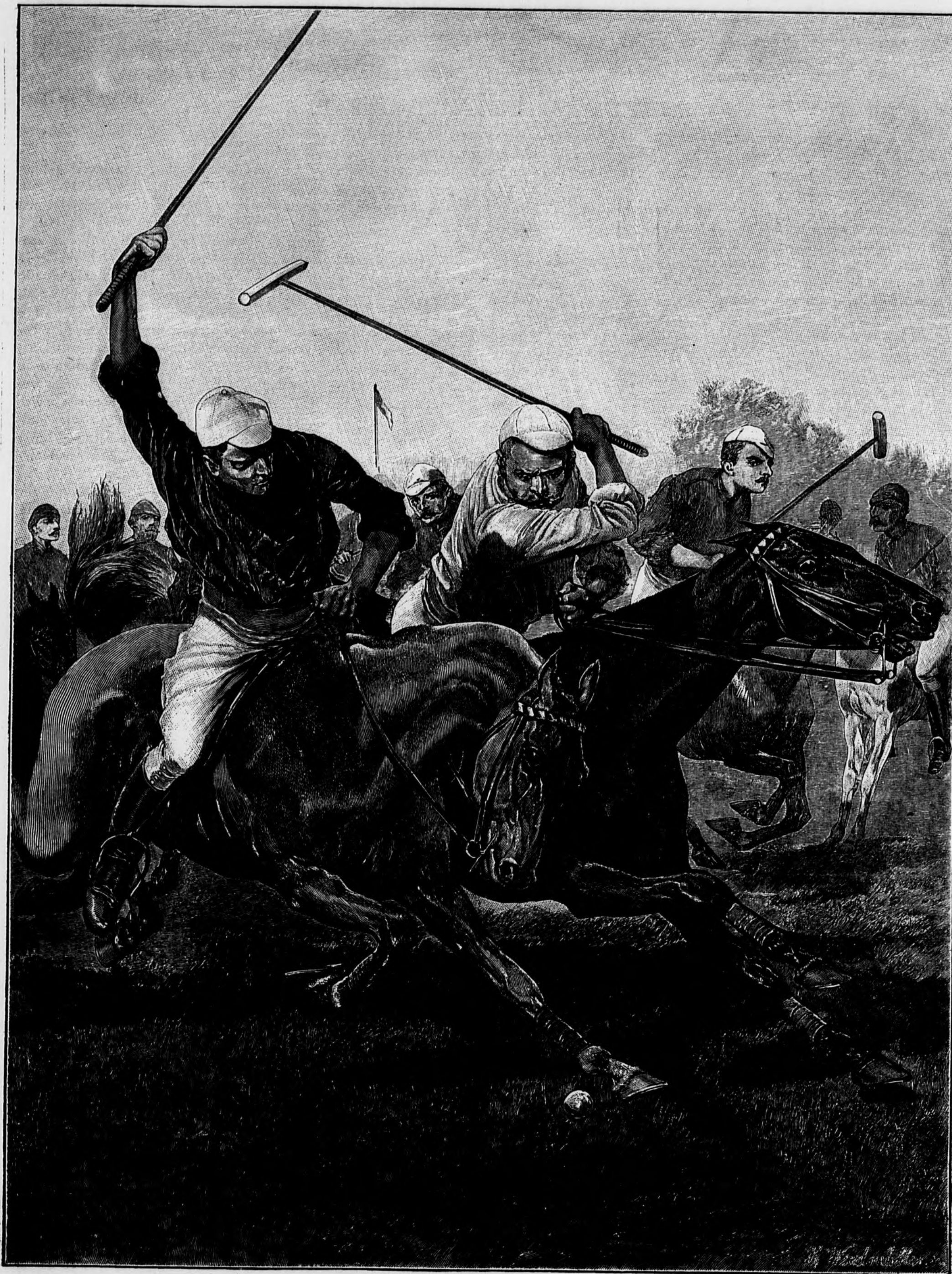
Tras larga peregrinación en busca de sitio, han podido al fin luchar en el Duval Club, de Jacksonville, el campeón americano Corbett con el inglés Mitchell.

Al aparecer los luchadores en la pista, la ovación fué delirante; después de saludarse, empieza el combate, que constó de tres encuentros: en el primero, el americano recibe dos tremendos golpes en la barba y en la nuca, por otro par de ellos que dió á su adversario, uno en el costado y otro que le deshizo el ojo izquierdo. En el segundo, Mitchell toma otro trompazo en un ojo, y da á Corbett un golpe en el costado. Luchan cuerpo á cuerpo, y el inglés cae al suelo; á instancias suyas, tiene lugar el tercer encuentro; vuelve á caer Mitchell, y trata de levantarse tres veces; pero es derribado por los terribles golpes de Corbett, que le rompen una quijada y le desbaratan materialmente el cuello y la cara.

El americano recibe los 20.000 dólares de la apuesta, y es sacado en brazos entre el más loco entusiasmo. Entonces Corbett promete ir á Inglaterra á retar á singular pelea á todos los ingleses en su mismo país.

Las apuestas han ascendido á muchos millones de duros, y había tal interés por conocer el resultado de la lucha, que los periódicos han puesto trenes, vapores y telégrafos para publicar extraordinarios con las noticias del combate.

SPORT ECUESTRE



EL POLO, DIBUJO DE E. CATON

BELLAS ARTES



DOS REVOLUCIONARIOS, CUADRO DE HERMANN KOCK



GAZA DE LA PERDIZ CON RECLAMO MACHO

Se ha escrito mucho y se ha hablado más, en pro y en contra, de la caza de perdiz con reclamo, considerándola unos como cobarde y alevosa, propia de gentes de mal gusto y condición torcida, de cazadores perezosos que, careciendo del vigor y destreza requeridos para cazar en *guerra galana*, se valen de su astucia y del conocimiento de las caballerescas costumbres de estas aves para matarlas á traición y sobre seguro; á la vez que otros aficionados la consideran como la mejor y más agradable de todas, por aquello de que no exigiendo las fatigas que la caza en mano requiere, puede practicarse en todos los terrenos, así por gente varonil como por viejos achacosos, lo mismo en las sementeras que en los más empinados riscos.

La caza con reclamo no es ni más ni menos alevosa que otra cualquiera. Según nuestro Código penal, hay alevosía cuando se emplean medios, modos ó formas en la ejecución, que tiendan directa y especialmente á asegurarla sin riesgo para el ofensor, que proceda de la defensa que pueda hacer el ofendido. Pues bien; como el conejo enmata-do—por ejemplo—no puede defenderse del perro que le huele y descubre, ni la perdiz volando del alcance de la escopeta y la velocidad de los perdigones, toda caza será alevosa, excepto la de fieras, y aun respecto de ésta habría mucho que hablar. Dejémosnos de sentimentalismos pasados de moda y de jactancias que podrían tolerarse entre los cazadores de leones, tigres y panteras en África y en la India y aun entre los que cazan osos en el Pirineo y en Asturias, para reducir la impugnación de la caza con reclamo al terreno de la propagación de las especies y de la ninguna defensa que tienen las perdices en el tollo.

No es mi propósito defender ni atacar esta especie de caza. Y menos he de combatirla en estos tiempos en que va haciéndose casi imposible matar media docena de perdices en mano. Yo soy tolerante con los gustos y aficiones de los demás, y los respeto aun pareciéndome ridículo, con lo cual adquiero el derecho de que se respeten los míos. En la fábula *El cazador y el pescador* se demuestra que el que tiene una afición no ve en ella más que los goces, y hace caso omiso de las molestias é incomodidades que, tiene que sufrir.

Sé de muchos aficionados á la caza del pájaro, que antes de serlo hablaban pestes de los jauleros y hoy la defienden con entusiasmos de neófito, encontrando placeres tan intensos y emociones tan vivas en la entrada de un pájaro en la plaza, como la encontraban ayer en la muestra de un perro.

De mí sé decir que practico tanto la una como la otra y que en ambas paso buenos y malos ratos; pero es un hecho que se matan (y mato) muchas más perdices si se saben combinar estos dos estilos de caza.

No un artículo, un infolio se necesitaría para describir la caza del macho con la extensión debida. No pudiendo acometer esta última empresa, me reduciré á hacer rudi-

mentarias indicaciones, pero algunas de ellas desconocidas hasta para los que se tienen por consumados maestros, bien entendido que cuanto vaya diciendo no lo he inventado yo, sino que lo debo á las lecciones que recibí de mi queridísimo y respetado amigo D. José María Royo y Murciano (q. D. h.)

Sólo voy á ocuparme en la caza del macho, para que no resulte tan largo este artículo, y al efecto, lo divido en tres partes 1.^a Elección y compra de reclamos; 2.^a Caza y preceptos generales, y 3.^a Cuidado y conservación de los pájaros.

ELECCIÓN Y COMPRA DE RECLAMOS

El reclamo es lo esencial en esta caza. En la que hacemos con perro, si éste no es bueno, puede el cazador, en fuerza de constancia y trabajos, mejorar algún tanto ó suplir sus facultades, y aun en determinados casos y trabajando á la desesperada, prescindir de él por completo; pero en el *puesto*, si el reclamo no es bueno y no trae la caza, el resultado de la cacería será nulo por inteligente y esforzado que sea el cazador. Tanto valdría empeñarse en tener buenos puestos sin buenos pájaros, como hacer con abadejo un escabeche de perdices.

Entre cazadores es muy común eso de querer enseñar perros y reclamos por sí mismos, cosa difícil, aun disponiendo de tiempo y terrenos á propósito, puesto que se puede ser un gran cazador y no saber enseñar un perro; de aquí que suelen cazar mejor los que tienen dinero y gusto para comprar lo bueno donde se presente, sin pasarse cuidados y sufrir decepciones. Para enseñar no basta saber, sino que se necesita vocación y paciencia para ello. Sería prolijo enumerar los nombres de cazadores que me confiaron sus perros, que tenían por indomables, y que les entregué enseñados; la perra *Nena*, cuyas excelencias describió con su galana pluma su dueño Pérez Escrich, y la *Curra*, perra de tres años, que D. Leopoldo Bárcena me entregó para su enseñanza, *dudando mucho* (dada la edad y condiciones de la perra) que trajese á la mano, transcurrido algún tiempo, ante los cazadores que forman la reunión de casa de Pardo, trajo lo mismo toda clase de caza, desde la perdiz al mochuelo, como toda clase de objetos, desde una barra de hierro á un huevo de gallina; estos dos ejemplos los cito, como podía hacerlo de muchos más, para demostrar lo antes consignado.

Es sabido que, en conciencia, no puede apreciarse la bondad de los pollos enjaulados hasta el tercer celo; de modo que si después de perder días y más días que, salvo fenomenales excepciones, requiere la enseñanza de un pollo, sale un pájaro inútil ó defectuoso, puede el aficionado decir que se ha divertido. Por eso á nadie que quiera bien aconsejaré que compre pollos ni pájaros medianos á reserva de mejorarlos con la práctica. En la caza son frecuentes las esperanzas, pero aun son más comunes los desengaños. Si no podemos comprar este año un buen pájaro, esperar al año próximo; vale más no tenerlo, que tenerlo malo: todo es preferible á adquirir un maula que sobre desesperadizos nos pone en ridículo.

La caza con perro tiene sobre ésta la ventaja de poderse ejercitar en todo tiempo; la caza con reclamo sólo dura la corta temporada del celo, y por ello hay que aprovechar los días. ¡Y son tan pocos, tan contados los aprovechables! Unos días por nuestras ocupaciones, otros por el mal tiempo, tan variable en esta estación, algunos imprevistos accidentes; sea por lo que fuere, ello es que, aun durando mucho la corriente, hay que descontar sinnúmero de días en los que no podemos cazar. Ahora bien, si los días buenos de sol los desperdicia el cazador sacando pollos *que prometan* nada más, ó pájaros malos, el resultado será matar poquísimas perdices, desde luego muchas menos que el que haya cazado con buenos pájaros.

Siempre es aburrido cazar en vano, pero en mano y con el perro por delante, no es tan grande el aburrimiento de los que se aburren, ya por la diversidad de panoramas que se suceden á nuestra vista, por el ejercicio variado á nuestro gusto y medida, por la conversación con el compañero ó, á veces la más preferible, con el perro; pero aquí, metido en un puesto no cabe más recreo que el de apuntar al pájaro para vengar con su vida su maldad.

Esto de comprar reclamos de perdiz es muy expuesto á chascos por la *chalanería* de los cazadores. Antes de comprar hay que hacer las pruebas por sí mismo, y aun así no se podrá estar seguro de no haber sido engañado.

Son tantas las circunstancias que hay que tener presentes en las pruebas, que aun tratándose de aficionados inteligentes en la materia, es tan fácil comprar un pájaro malo ó defectuoso, como desechar uno bueno ó admisible. Los tratantes en pájaros saben ocultar muchos de los defectos de un reclamo, con más sagacidad y salero que los tratantes en caballerías. Por eso se ganará algo para no ser engañado adquiriéndole de un particular.

La primera condición que quiero siempre en un reclamo, es que tenga mucha *música*; todo pájaro que necesita oír al *campo* para salir reclamando ó que tarda mucho en hacerlo, debe desecharse. Esta es la regla, las excepciones son muchas. Siguiendo aquélla al pie de la letra, se puede desechar un macho bueno, por estar mal cuidado, ser tardío en el celo, ó por otras causas que sería prolijo enumerar; pero así como del perro que tenga mucha afición y mucha sangre se puede esperar algo bueno, también del pájaro que tenga mucha música se pueden esperar buenos resultados.

El cazador debe fijarse en la época de la prueba. En distintas ocasiones he visto comprar pájaros en la fuerza del celo, que dieron admirables resultados, y que al año siguiente valieron muy poco. Los dueños no acertaban á explicarse satisfactoriamente tales mudanzas, pero yo lo atribuía á que algunos vendedores suelen valerse del pollo que les ponen (como á las hembras) para obtener estos resultados; y en efecto, he podido observar que algunos pájaros que después he poseído, tardos de música, les corregí este de-





fecto poniéndoles pollo y matándoles mucha caza.

El buen reclamo debe tener la voz fuerte, gruesa y arrogante, más de contralto que de tiple, de barítono que de tenor, y colocado en el tango, no bien se entere del sitio en que va á cazar, debe salir sin timidez con reclamos largos; el *cuchicheo* ó *dar de pie* (como dicen algunos jauleros) fuerte y resuelto; el *piñonear*, y el pasar sin intermisión del *cuchicheo* á nuevos reclamos, son en mi pobre opinión las condiciones exigibles para poder decir, en justicia, que un pájaro tiene buena música. Y podremos asimismo decir que tenemos delante de nosotros un pájaro de *primísimo cartello* si sube de tono cuando los del campo están lejos, y le baja cuando se acercan, y les recibe con suavidad y expresión, apianando las frases hasta convertirlas en un rumor delicioso. Esta clase de pájaros son los que mejor requieren á las hembras y los que más las atraen; por eso es cuasi axiomático entre los devotos del tollo que los reclamos hembreros son los mejores. Como que se necesita más facultades para enamorar á una hembra que para reñir con un galán.

También los hay buenos, con menos voz y música más suave *ahembrados*, como se les suele llamar á los que reuniendo en lo demás las condiciones descritas, suelen matar mucha caza en determinadas circunstancias. De todos modos, siempre estos pájaros serán inferiores á los anteriores, siempre serán *ahembrados*. Aquéllos, sin embargo, son más raros que éstos, y si no se les maneja bien, suelen degenerar en ariscos y fuertes, á la vez que los del segundo tipo suelen degenerar en cobardes. En esto de los pájaros fuertes hay mucho que entender, como hay aficionados que se precian de buenos cazadores, y que á veces dejan pájaros superiores por otros medianos, á pretexto de que son excesivamente fuertes.

También suelen desecharse, y á veces sin probarlo, que es lo más sensible, pájaros que resultan feos á la vista ó que son broncos y saltadores en la jaula, esto último por exceso de genio, los cuales pájaros cumplen bien en el campo, y aun llegan á ser perfectamente mansos y manejables. Por esto suelo yo aconsejar que no se deseche pájaro alguno por las solas apariencias ó por su conducta casera y sin observarle antes en el campo, pues en ocasiones debajo de una mala capa hay... un buen pájaro.

Es asimismo temerario desechar un pájaro nuevo que al principiar el celo cumple bien hasta dispararle el primer tiro y luego cierra el pico, porque esto suele ocurrir por falta de celo en el reclamo, aunque esté adelantada la corriente. Y á este propósito, recuerdo que en *Cucalón*, hermosa finca de mi amigo D. Vicente Llovera, estando probando un pájaro con varios amigos, trabajó éste admirablemente hasta disparar el primer tiro, y calló después con desesperante silencio. Al salir yo del tollo lo reconocí cuidadosamente, no obstante tener la convicción de que nada extraño le había sucedido. Y en efecto, le encontré sin novedad. Consulté el caso con mi querido maestro, D. José María

Royo, y me dió la solución antedicha, que ví confirmada más tarde, cazando en la sierra de Manzanera con el gran aficionado don Pantaleón Cortel, en cuya ocasión aquel pájaro que, por lo feo, le llamábamos el *mochuelo*, se portó admirablemente en cuantos puestos se le hicieron.

Tampoco debe desecharse un pájaro de segundo ó tercer celo que muestre timidez, y aun cobardía, al recibir, si posee buenas condiciones musicales, porque con frecuencia aquella cobardía suele desaparecer al año siguiente, y resultar un buen reclamo. En apoyo de este consejo pudiera citar muchos casos que he visto durante el ejercicio de mi afición.

Lo que sí son faltas graves es, que los reclamos sean tardos en salir cantando, aunque canten; que no reclamen hasta después de oír al campo; que estén mucho tiempo besugardón, como queriendo romper, y sin acabar el reclamo que inician, hasta después de largo tiempo; el saltar cuando reciben ó alambrear en todo tiempo y, últimamente, el guajear y hacer otras demostraciones extrañas, con las cuales espantan á los pájaros que entran en la plaza ó á los que escuchan de cerca y en silencio.

Hace ya algunos años aprendí que para comprar pájaros hay que probarlos en noviembre y diciembre, y que si entonces tienen música y saben recibir, seguramente serán superiores durante el celo.

Este es el medio mejor y más seguro para no ser engañados al adquirirlos, y como así lo creo, así lo digo, creyendo con ello hacer un favor á mis amigos y cofrades en la afición; dejando para otro artículo el ocuparme de los demás extremos consignados en el presente.

JUAN M.^a DE CONDE

CARTA DE LONDRES

Antes del baile.—En el baile.—Después del baile.
Trilogía de un Corresponsal.

ESTA noche voy al baile de máscaras de Covent Garden. A juzgar por los preparativos, será magnífico. No tengo tiempo de buscarme un disfraz, faltan dos horas y aquí la puntualidad es un rito... Bien mirado, eso de disfrazarse es una idea muy relativa, si me vieran los zulús con mi frac negro y mi corbata blanca, de fijo creían que iba de máscara, aunque estuviésemos en Viernes Santo...

—Mr. Smith, hágame el favor, si quiere, de sacarme el frac y un chaleco blanco... Si fuera usted tan amable que me diese también el clack y los zapatos de charol...!—Debo advertir que Mr. Smith es mi criado, pero aquí no se habla de *tú* más que á Dios; para dirigirse á cualquiera, aunque sea al gato, hay que darle tratamiento, *you*, y emplear mil formas de buena crianza, so pena de pasar por el ente más grosero del mundo.—Mi buen Mr. Smith, querría usted darse alguna más prisa? Tengo los minutos contados y usted deseárá que yo no llegue tarde... Este agua está para pelar cerdos; involuntariamente, sin duda, me está usted achicharrando vivo al enjabonarme la cara.—Tiene us-

ted algún disgusto amoroso? le tiembla el pulso como á un epiléptico y parece que me está usted afeitando con un cepillo de carpintero...

—Ya estoy vestido... cogeré una docena de cuartillas para tomar notas sobre el terreno... Pero no tengo guantes blancos! Sentiré tanto molestarle, amigo Smith, pero desearía que fuese usted corriendo por un par de guantes y una camelia para el ojal... (Ir en Inglaterra á un baile sin una flor en la solapa, sería tan grotesco como presentarse en calzoncillos.)

Lapso de una hora; Mr. Smith llega con los objetos pedidos, se le han calmado los nervios y exhala un olorcillo á alcohol de lo más significativo.

—Gracias, Mr. Smith, gracias; es usted un excelente doméstico... Por allí viene un *cab...* eh! cochero, *stop!* Quiere usted llevarme á Covent Garden? que sí? mil gracias...!

Que golpe de vista tan espléndido presentan estos salones! Los palcos están llenos de máscaras bellísimas, hay verdadera profusión de flores traídas de los países meridionales; sólo esto supone un capital... Que derroche de luces y colores! El escenario representa fielmente los *gardens* de hace siglo y medio que dieron nombre á este lugar, paseos cubiertos, fuentes que corren, bosques y glorieta... esto es admirable! Buscaré al organizador de tan hermosa fiesta... Oh! Sir Augustos Harris, permítame usted que le dé la enhorabuena; esto es un prodigio de actividad y buen gusto.

Qué pléyade de mujeres bonitas con disfraces caprichosos! Renuncio á contar los *piervrots*, *bookmakers*, floristas y campesinas italianas... Me dice usted que han dado el primer premio á Mr. S. Fred Taylor? Es muy justo, su traje de *picture land* resulta precioso y original... está formado por cubiertas de libros pintadas en colores sobre raso.

Allí viene Mr. Speer, se ha disfrazado de candelabro y lleva la perfección al punto de ir cubierto de luces eléctricas encendidas... Qué calor deben de tener esos dos mascarones! Caracterizan al león y al unicornio heráldicos, que sostienen el escudo de Inglaterra... pero irán agobiados con sus armaduras de metal... Aquel otro, vestido de remolacha, está diciendo «comedme».

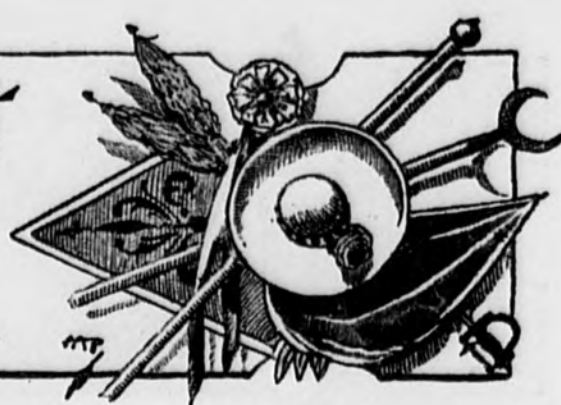
—Miss Hudson, ese traje de japonesa avallora la hermosura de usted... lástima que no lo pueda usar todo el año! Preludia la orquesta un vals de Métra... el vals me encanta... y llevándola á usted en los brazos mil veces más... qué acepta usted? Cuánta dicha! Bailemos, las armonías de Métra me ponen pólvora en la sangre... En efecto, hace un calor sofocante... yo estoy como un *roast-beef*... (*In petto*). Esta mujer no se cansa... llevamos media hora bailando y no puedo ya con mi alma...

—Ahora tocan una *scottish dance*, ¡viva Escocia...! Miss Hudson, es usted una bailarina inimitable, qué trenzados, qué saltos! En España llaman á esto *darse cuatro pataitas*, aquí es baile ceremonioso... cuestión de latitud... Dispénseme usted si pierdo el compás... tres golpes con el pie derecho, tres con el izquierdo, un trenzado... Esta es la última





CRÓNICA DEL SPORT



noche de mi vida... Adiós Miss Hudson, mil gracias...

—Ahora mismo me voy á casa, á descansar... tengo un dolor de cabeza horrible, estoy molido y hace un frío glacial por las calles... Y que á esto le llamen divertirse...!

—Doctor, hoy hace ocho días que me tiene usted en cama... desde aquel maldito baile... Mi estómago es una farmacia completa, tantos menjures llevo tomados... y le aseguro que hoy mismo me levanto y me voy á la calle... Que me puedo morir, dice usted? Caracólitos! pues entonces no me levantaré... pero me parece que esta *influenza* se hace sentir demasiado...

—Mr. Smith, ya ve usted que, desgraciadamente, no puedo tomar los informes necesarios para mis trabajos periodísticos; si su amabilidad llegara al extremo de ayudarme... Tome usted un par de *bank-notes*, mi pase y un día de licencia, revuélvame usted todo Londres y entérese bien de lo que ha pasado... Será muy honroso para usted desempeñar durante veinticuatro horas la plaza de corresponsal... Hay que ver, preguntar, tomar notas fijándose en todo, no dejarse llevar por pasión de ninguna especie y sobre todo... no beba usted más que agua...!

Un entreacto de cuarenta y ocho horas, tosiendo, estornudando y dándome á los diablos.

—Bravo, mi buen *chap!* ha tardado usted dos días completos y debe venir *cargado* de noticias... Ha visto usted á Blondin...? cuanto me alegro! Sí, ya sabía que iba á presentarse en «Crystal Palace»... El verdadero Blondin, á los setenta años y en el alambre... qué barbaridad! tiranías del estómago... De modo, que trabaja á sesenta pies del suelo...? es un buen salto... Hacer el balanceo en la silla, el paso enfundado en un saco y las piruetas gimnásticas á su edad, es un verdadero mérito...

—Tendrá la fiebre la culpa de que yo no entienda esto? Me habían dicho que *Cloister* llevaría en la «Gran Nacional» 2.300 gramos más que el año pasado, esto es, 81 1/2 kilos; el mismo *handicapper* me lo aseguró; Mr. Duff, dueño del caballo, estaba disgustadísimo... Ahora me trae usted el *Calendar*, única guía oficial á la que precisa atenderse, y leo: *Cloister*, 79 1/2 kilos, es el mismo peso que llevaba al ganar la «Gran Nacional» de 1893, no le dan penalidad ninguna... Me dice usted que ha sido error de imprenta, que están todos consternados... Oh, Mr. Smith! qué inocente es usted en estas cosas del hipódromo... Dobleemos, dobleemos pronto la hoja...

—Qué más hay de caballos? La boda del jockey Mornington Cannon... hombre, por Dios! eso no es de caballos sino de jinetes... Casó con Miss Dennet, la hija del difunto Dennet de Nottingham... Y á enterarse de ello fué usted á Kensington? Quién había en St. Mary Abbott? Mil personas que no sabe usted como se llaman... Pues no encuentro muy preciso el informe...

—Tampoco esta vez han corrido los *whippets* en Kensal Rise? Me lo explico perfectamente... esos perros cruzados de galgo y *terrier* no sirven... pero es un disparate correr juntos un animal de 3 kilos con otro de 14...

Naturalmente! por eso se paraban á jugar ó á pelearse, ya sabían ellos que corriendo no harían nada... Convénzase, Mr. Smith, el hombre no es el más sabio de los animales... Ese sport, tardará un siglo en hacerse popular en Inglaterra.

—Más de veinte mil personas aguardando á la entrada de Blackheath para ver el partido de *football* entre Irlanda é Inglaterra! Bien merecía la espera, porque un *match* internacional de Rugby sólo se ve un par de veces al año y, después de la reciente victoria de Inglaterra sobre Gales, había un interés enorme en la nueva lucha... ¿Y quién reemplazó á Wells, el capitán de los ingleses, lesionado hace unos días? Mr. R. Wood... es buen jugador pero... Dígame, lucharían bien? Que á los cinco minutos tomaron los irlandeses la delantera...? Inglaterra limitada á defenderse...? Si parece imposible! y le han ganado. Irlanda ha hecho un *goal*, siete puntos dejando á sus contrarios en cinco *points* solamente... Mr. Smith, sepa usted que ha visto un partido de *football* que hará época en la historia, porque es la segunda vez que Inglaterra sale vencida en esta contienda...

—No sabe usted escribir español? pues si es tan fácil! Tenga usted la bondad de darme cuartillas, pluma y tintero; al fin llegará á tiempo nuestra carta!

PUCK

Londres, 12 febrero 1894.



D. José de España, ha enviado su potranca *Flama*, de dos años, á Chantilly, casa de Rolfe.

El gobierno ruso ha adquirido en Francia con destino á los haras imperiales los sementales siguientes: *Saint Gregoire*, *Charvet*, *Vic*, *Joel*, *Tamerlan*, *Raki*, *Paprika*, *Artaban II*, *Au-Petit-Bonheur*, *Billet Doux* y *Chevalier II*.

El Ministerio de agricultura, de la vecina República, ha publicado la distribución de los 50.000 francos destinados por la ley de 29 de mayo de 1874, para premios á caballos árabes ó cruzados de árabes, nacidos y criados en Francia.

El jockey Dutton que se encuentra en Pau, ha sufrido varias contusiones en la cara, á consecuencia de haber sido lanzado por un potro en uno de los galopes de preparación.

El Jockey Club inglés, ha levantado la interdicción pronunciada contra Charles Sheffars, que le privó de entrar en los terrenos de dicha Sociedad desde el mes de mayo de 1891.

La muerte del conocido sportsman austriaco, el general Von Kodolitsch, va á dar lugar á un pleito entre su viuda y los sobrinos del general. Este había legado á sus sobrinos 52 caballos de carrera, apreciados en 750.000 francos; mas la viuda los reclama como adquiridos con dinero aportado á su matrimonio. Como el reglamento de Carreras no permite correr caballos pertenecientes á otro propietario del que los matricula, ó constan en las *engagements*, si la reclamación de Madame Von Kodolitsch prosperase en los tribunales austriacos, los premios ganados por los referidos caballos, que ascienden á más de 300.000 francos, tendrían que ser restituidos al fondo de carreras.

En el hipódromo de Pau se proyectan algunas modificaciones para la próxima reunión de primavera. Tres

obstáculos serán transformados. 1.º: La barrera fija será reemplazada por una doble barrera con seto en el centro. 2.º: La banqueta irlandesa desaparecerá completamente reemplazándose con un obstáculo más elevado. 3.º: La valla se sustituirá por un muro de *pierra* coronado de seto.

Un concurso hípico tendrá lugar en Caen en el presente año, al mismo tiempo que el concurso regional agrícola.

Se abriga la esperanza de que el Jockey Club inglés, devolverá la licencia á S. Loates, para la próxima *season* de carreras.

En tal caso, montará á *juenal* en el Lilcolnshire.

Se ha hallado muerto en su cuadra á *Egmont*, caballo favorito del rey de Bélgica, que éste empleaba para los actos solemnes únicamente, y era, por decirlo así, el caballo de batalla.

Egmont, llamado así como recuerdo, no muy reverente del famoso y desventurado conde, era un magnífico alazán que había costado más de diez mil francos, y estaba admirablemente adiestrado por el primer picador del rey Leopoldo.

Era también, según parece, el mejor caballo de caza conocido.

El gobierno francés ha concedido un premio de 2.000 francos, para caballos árabes, de tres años, nacidos en Francia, cuyo premio será disputado en la próxima reunión de primavera, en Pau.

Apuesta desde el otro mundo.—A un individuo que se ha suicidado en un coche de punto en Londres, se le halló entre los papeles que llevaba en los bolsillos de su chaquet, una carta dirigida á su esposa, en la cual la recomendaba apostase una libra esterlina por el caballo *Aborigine*, y otra por *Ardcaru*, matriculados en el Lilcolnshire y Gran Nacional, respectivamente.

EL CARNAVAL DE MI ESCOPETA

DOMINGO

He llegado hace tres días quitándole la *caveta* á mi escopeta de caza, es decir despojándola de la funda que á modo de «capuchón» la cubre otras veces.

Este es un país rico, pero poco visitado. Aquí donde la moda no forma el programa de los viajes, serán muy pocos los aficionados al campo que se hayan decidido á recorrer una comarca que sólo frecuentan en invierno los ganados, y sin embargo, esta circunstancia debiera llamarnos la atención é inclinarnos al estudio de este territorio.

Es esto un jardín como el de las Hespérides; no tiene dragones que lo defiendan, pero en cambio tiene montañas amenísimas, un río caudaloso, y un bosque de encinas y de robles que se extienden en una superficie de muchas leguas. ¿Hay quién pueda imaginar tras los eriales de Castilla, calcinados por el sol ó envueltos en hielo, una primavera semejante? Seguramente que no; porque en España es preciso ser pastor, ó cabrero, ó propietario de dehesa, ó touriste excéntrico, para saber cuántos tesoros encierra cada una de nuestras provincias en sus valles ignorados, en sus bosques no reconocidos, en cada uno de los repliegues del terreno compuesto de colinas y praderas, de montañas y valles, de jardines y estepas.

Cazamos ayer, y maté una liebre en el momento en que, huyendo de una verdadera (pero infructuosa) descarga de escopetas, entró en la jurisdicción de la mía.

La cacería fué al acecho y al ojeo. Cazar al acecho es cobijarse á la sombra de una





encina, sentarse si hay en qué, guardar mucho silencio, fumar pitillos y asistir á un concierto de pájaros, en que las calandrias y los ruiseñores hacen el gasto, entonando himnos á la naturaleza. De repente la voz del ojeador dice «ahí va»; el cazador se prepara, y si la liebre huída se pone á tiro, turbada en sus dominios por el hombre que todo lo atropella, rinde la vida sobre un lecho de césped.

Por la noche, mientras en el salón hablábamos de caza, tomando á sorbos el aromático moka y viendo elevarse las azuladas espirales del humo de riquísimos habanos, nos visitó una señora loba traída del ronzal por un pastor. El animalito dió unas cuantas vueltas enseñándonos los dientes, y pasó á la loba doméstica, donde se encierran algunas más vivas, para correrlas, lo cual dicen los guardas que es una gran diversión.

Repito y confieso que de todas las expediciones que he llevado á cabo es ésta la que más me agrada.

Aquí, además todo el mundo es poeta de la sana poesía que huele á tomillo; aquí se estudia la familia y se admira el poder de Dios, que ha dado á los animales el instinto de propagación, y el amor vigilante que sostiene la especie contra los rigores del tiempo y la brutalidad de los hombres. Aquí se realiza el pacto del Arca Santa por las fuerzas vivas de la madre naturaleza.

El contraste es completo, y los primores de la civilización desaparecen ante el más humilde paisaje de la más descuidada dehesa. Aquí reina el sol con plácido dominio: alumbra y no quema; aquí el aire fortifica los pulmones y aligera la sangre; aquí se come sin temor á indigestiones, y el agua que se bebe—destilada en los filtros de las rocas—limpia, refresca y preserva las vasijas humanas de toda perturbación.

Es ya tarde y me voy á dormir. Mi cuarto es sencillo y limpio. Una de sus grandes ventanas da al campo. La abro y escucho los misteriosos ruidos del bosque y los ladridos de los vigilantes perros. Brilla la luna en el cielo y todo hace esperar una mañana deliciosa.

LUNES

¡Qué día el de hoy!

No me engañé anoche al creer que el tiempo sería hermoso. Á las siete de la mañana—hora en que nos han despertado—era una delicia ver la salida del sol y aspirar el puro ambiente saturado de brisas y perfumes que entraba á raudales por las ventanas.

Hemos tenido ojeo de liebres en un sitio que es parque y dehesa á la vez.

Yo me he situado de cara al viento debajo de una encina, cuya sombra, determinada por la amplitud del espeso ramaje formaba un círculo que bien pudiera ser mayor que el de Price.

Al alcance de mi escopeta había algunos robles en flor, circunvalados de abundantes retoños; enfrente un pequeño claro cubierto de tomillo; á la derecha una senda de carro; á la izquierda un puesto, tan pintoresco como el mío, y á retaguardia, como abrigo, el vivar que busca la liebre cuando corre acosada por los perros. Entre las retamas, for-

mando contraste con sus flores las del tomillo y la manzanilla, había grupos de madre-selvas y margaritas.

Eran las doce. Reinaba en el contorno silencio completo, el silencio misterioso del bosque, que cual sordina de las arpas eólicas, es un concertante de ruidos imperceptibles, y, sin embargo, armoniosos. Cantaban sobre mi cabeza un ruiseñor y un pardillo, en el árbol cercano un oropéndola, junto al camino una alondra, y en el espacio azul, cruzando y recruzando en caprichosos giros la cogujada, que despertó antes de la aurora para cantar sus arreboles. En el vivar dos tórtolas se requebraban amantes, y el pinzón—verdadero soprano de las dehesas—eclip-saba con sus fermatas á todos los pájaros cantores. ¡Cómo cantaban aquellos invisibles pajarillos! ¡Qué competencia tan brillante de trinos y gorgoros! Parecía la oración de Angelus entonada por un coro de serafines.

A lo lejos, el cencerro del ganado siguiendo el ritmo unísono de la campana del lugar que tocaba á misa, y un cuclillo que repetía las horas, completaban el admirable concierto de la naturaleza al mes de mayo.

Yo estaba magnetizado. Las auras y los pájaros, me traían armonías y perfumes, y sentado en una verdadera butaca que junto á una ondulación de terreno parecía ofrecerme el centenario árbol que me resguardaba del sol, permanecía inmóvil para no perder una nota de aquella orquesta divina.

De pronto, los gritos—¡toba... toba! ¡ahí va!—se oyeron delante de nosotros, sonaron algunos tiros, y una liebre asustada vino á pararse delante de mí, medio escondida en una mata. Era un blanco. La apunté y se escondió por completo; con la escopeta amartillada esperé á que volviera á salir, pero en este instante llegó á mi oído el triste cantar de las tórtolas y el arrullo de las palomas torcaces. Era aquello como una plegaria. Una idea súbita cruzó por mi mente; estaba nervioso y sin darme cuenta de lo que decía, arrimé la escopeta á un árbol y grité á mi vecino: «No tires.» La pobre liebre pareció comprender que estaba absuelta, porque de un salto cruzó el camino y se escondió en el vivar.

Los prodigios de la naturaleza me habían quitado por aquella vez los instintos mortíferos de cazador.

Hemos comido hoy al raso, al abrigo de una madre encina, tan vieja como el mundo contemporáneo de Abraham, en un salón de césped florido, que tiene por paredes el más bello paisaje y por techo un cielo sin nubes. El menú ha sido excelente: unas sopas de ajo, paella valenciana, carne con criadillas y el clásico cochinillo, que sazonado por el aire de la floresta y el aroma del gazon, no tiene rival ni en el campo ni en la corte.

MARTES

Un conato de mal tiempo, que de seguro no habrá llegado á Madrid, nos ha obligado hoy á retrasar la salida al campo.

Hemos jugado al billar, se ha hecho música en el magnífico piano que posee el dueño de la finca que ha hablado mucho de política, de literatura, de toros y de caza. Como

es lógico, sobre este último punto ha recaído casi siempre la conversación.

El erudito dueño de esta posesión de*** ha pronunciado un discurso venatorio, lamentándose de que estas giras hayan venido tan á menos. En este discurso ha habido, como en todos los suyos, belleza de forma.

«En la actualidad—decía nuestro anfitrión—se organizan con dificultad las excursiones venatorias, porque ya apenas hay en España selvas vírgenes ni verdaderos bosques. El hacha del leñador talando los montes, la barrera del minero sondando la tierra y la locomotora que horada montañas y vuela sobre colinas y valles, silbando, para que el mundo la oiga el himno coreado de la civilización, ha ahuyentado de sus vivares á la caza mayor, obligándola á esconderse y acaso á morir de hambre en improvisadas madrigueras. Hasta la invención del buque de vapor se pescaron las ballenas cerca de las costas; hoy tienen que ir los balleneros á buscarlas al polo.

«Y lo mismo sucede con la caza mayor. Por más que se escriban obras, y se ensayen monterías, y se publiquen programas y descripciones, la verdad es que faltan casi todos los componentes de aquellos animados cuadros que nos recuerda á veces el antiguo tapiz ó el ya viejo grabado. Falta el cazador antiguo, semi-guerrero; el podenco valiente de olfato fino; el ojeador que adivina las pintas; el caballo de batalla, y por complemento faltan las reses.

«La decadencia de la especie en los últimos siglos nos ha impuesto costumbres valetudinarias, y hoy las mejores escopetas centrales, perfeccionadas por los fabricantes, se dedican al tiro en piñas del pichón, y cuando más al ojeo de liebres y conejos. Gerard ha llegado á ser un tipo mitológico, y el jabalí una res legendaria, dicho sea todo esto con perdón de los cazadores que apagan una luz de un balazo.

«He dicho, caballeros.»

Á medio día hemos vuelto á la faena.

Hemos visto muchas liebres y conejos que engañados por la tranquilidad de todo el día, andaban de aquí para allí.

Hemos hecho una matanza horrible, y hemos comido en la casa del guarda con el apetito que suele faltar en las grandes mesas.

Muchas veces, al darme cuenta del placer que experimento cazando, y acordándome del tiempo en que censuraba agriamente á los hijos de San Huberto, me digo: ¿Qué ha ocurrido en mí? ¿Se han despertado los instintos salvajes al contacto de la naturaleza? No lo sé; pero es lo cierto que caminando por el bosque, con la escopeta preparada y la vista entre la maleza, creo parecerme á uno de aquellos hombres de la época de los cazadores que se ganaban el sustento á fuerza de ardid y de puños.

El sentimentalismo teórico que nos invade al contacto de la civilización ociosa, se convierte aquí en un sentimiento noble y valeroso, y te declaro que me considero feliz cuando apunto y mato, porque se satisface la negra honrilla y los compañeros aplauden.

Al anochecer hemos visto encerrar las vacas que posee nuestro anfitrión, y hemos sol-





tado los terneros, que con singular instinto corrían, sin equivocarse, á encontrar á sus madres.

En fin, los días pasados en esta Arcadia, son de los que nunca se olvidan; me marchó con un tesoro de gratas impresiones, y creo que de vez en cuando es muy agradable trocar por estas delicias la vida monótona y los quehaceres de Madrid.

ENRIQUE SEPÚLVEDA

Febrero de 1894. — (Desde el Castillo de las Cabezas).

EL MONASTERIO DE PIEDRA

D. Emilio Bobadilla (Fray Candil) tiene probado que, en punto á buen sentido, desenfadada manera, cultura modernísima y amplia... puede hombrarse con los que, hoy por hoy, cultivan la crítica satírica. Juzguen, ahora, nuestros lectores, de sus salientes condiciones de escritor que sabe ver la Naturaleza.

Es un artículo que entresacamos de su último libro, titulado *Solfeo*, (crítica y sátira).

La llegada al Monasterio desconsuela. Nadie sospecharía que encerrase tantas maravillas. A la entrada se yergue una torre de castillo feudal, de color bermejo, que cuenta seis siglos de existencia. Grandes tapias del propio color rojizo de la torre circuyen el edificio, del que se ven, desde fuera, los techos y algunos árboles y peñascos escuetos. Se atraviesa un patio que tiene mucho de corral, y pronto se penetra en el Convento, donde es uno sorprendido por el escándalo que forman las aguas del río Piedra, aguas que tienen la virtud de petrificar cuanto mojan, según dicen.

Largos y sombríos claustros muestran sus ojivas, capiteles y adornos góticos. Una amplia escalera, que se divide en dos ramales, sostenida por arcos y cobijada por una bóveda, lleva al primer piso, donde se abren dos galerías de claustros que comunican con las celdas de los monjes, convertidas hoy en hermosas habitaciones. El Convento ha sufrido notables reformas, muchas de pésimo gusto. Del antiguo Monasterio cisterciense sólo quedan la torre, la portería, la sala capitular, las casas contiguas y la iglesia, verdaderamente en ruinas. Da lástima el dinero que se ha invertido en este edificio consagrado á la mutilación de la personalidad humana. *In illo tempore* fué objeto de privilegios y mercedes por parte de D. Alfonso el Casto, D. Jaime el Conquistador (cuyas estatuas, hechas pedazos, figuran á la entrada de la iglesia), D. Pedro el Católico y demás reyes que se sucedieron en el trono de Aragón.

El Monasterio no sólo prestaba dinero á los monarcas, sino que brindaba hospitalidad á todo el que, noble ó plebeyo, tocaba á su puerta. Semejante opulencia duró hasta la expulsión de los frailes.

Andando el tiempo, pasó á ser propiedad del Estado, y en el día pertenece á D. Federico Muntadas que ha salvado el monumento de la ruina completa que le amenazaba.

Dejemos la obra del hombre y pasemos á admirar los prodigios de la naturaleza. La impresión ingrata que se siente al llegar al santuario, se torna vigorosamente alegre al trasponerle. Un hermoso panorama solicita la vista del viajero: luminosos valles, frescas alamedas, enmarañados bosques de árboles frondosos y viejos, abruptas peñas desde donde caen enormes cascadas y torrentes desgredados que ensordecen el espacio con su eterna y monótona música de agua...

El que guste de espectáculos fuertes, aquí les tiene á granel: intrépidos saltos de agua que ruedan al abismo, incendiados por el sol; ingentes cerros que recortan el horizonte; tumultuosas corrientes que se empujan aullando, como manadas de lobos hambrientos. El que les quiera apacibles, tropezará á cada paso con agrestes sitios arrullados por el manso monólogo de los arroyos; praderas al-

fombradas de un verde intenso, alamedas iluminadas tibiamente, saturadas de frescura y de músicas; y el que esté por lo fantástico y bravío, no tiene sino bajar á la gruta, cuajada de estalactitas y de primores geométricos, debidos á la gota de agua que filtra las entrañas de la roca con incansable y desesperante perseverancia...

Lo primero que he visto es la *Cola del caballo*, cascada cuyo nombre responde á su exacto parecido con la cola de dicho animal.

El río sigue tranquilamente su curso; pero de pronto corta su cauce un enorme precipicio, y todo aquel caudal de agua se arroja atronador y loco, desde una altura de 172 pies, formando un hervidero de espumas irizadas al reventar contra las rocas. En lo más profundo liga mansamente su interrumpida carrera entre árboles que doblan sus ramajes como si mirasen sorprendidos la caída de la catarata.

Debajo del salto del caballo está la gruta, á donde se baja por una estrecha escalera abierta en la roca. La sensación primera es de angustia, como que se desciende á los antros de la tierra. La escalera se ilumina á pedazos por boquetes que dan al abismo. A medida que se baja, el estrépito del agua que rueda por encima se hace más imponente y ronco, como una ópera de truenos. Se pasan oscuros túneles, húmedos y fríos; se atraviesan puentes que tiemblan como si fuesen presa de una convulsión.

Al fin se llega á la gruta bajo un aguacero que obliga á abrir el paraguas. De pronto no se ve nada más que una bóveda (que el musgo á trechos tapiza), cuya boca cierra una cortina movetiza de cristal pulverizado. El oído y el ojo funcionan atolondradamente ante aquella baráunda de colores y sonidos que les solicitan.

A medida que los nervios se dividen las sensaciones, un espectáculo indescriptible se despliega á nuestros ojos. Por el cráneo de la bóveda rueda la catarata, cayendo en elegante y voluptuosa curva que el sol tornasola vivamente. Parece que toda aquella fábrica de piedra y de agua va á derrumbarse sobre nuestras cabezas. El agua gotea al través del techo y de las paredes en lágrimas diamantinas que besa el rayo fugitivo.

Por donde quiera, entre colgajos de yedra petrificada, se ven artísticas labores que toman las formas más ricas y variadas. La imaginación las combina á su capricho. Tan pronto convierte en copudo árbol una columna, como en pájaro de abiertas alas un pedazo de piedra suspendido del techo. Las estalactitas nos parecen lágrimas; los hoyos que barrenó silenciosamente la gota de agua, cuencas sin ojos; las láminas de transparente mármol, sudarios de muerte.

¡Qué grande, qué sugestiva es la obra de la naturaleza! Ella trabaja seria y reflexivamente, sin darse prisa, sin ambiciones, sin preocuparse poco ni mucho del aplauso mezquino de los hombres. No desmaya en su labor desesperante de siglos. Se propone modificar toda una colonia de chopos corpulentos, y arroja sobre ellos un torrente de agua que cae durante siglos y siglos con una imperturbabilidad que á nuestro pobre sistema nervioso produce aterradora obsesión.

¡Qué fugaz, qué pequeño, qué mísero parece todo lo del hombre en comparación de la naturaleza, madre amorosa de todo lo que alienta! Madre amorosa, pero también injusta. ¡Por qué al hombre, que piensa y siente, concedes vida tan efímera, y á ese torrente que ni siquiera sabe que existe, das tan prolongada existencia?

¡Por qué, á cambio de años, nos diste tantas amarguras, tantos dolores, y al árbol y al to-

rrente y á la roca una vejez apacible, sin tristezas ni preocupaciones?

La tarde va cayendo. Una vaga somnolencia, poblada de rumores, invade mi espíritu. Desde mi celda escucho todavía el estrépito lejano del río que se despeña como un trueno que se va apagando. El viento pasa llorando entre los árboles y la estrella de la tarde pestañea como un ojo de luz clavado en el espacio. Mi pensamiento rueda por esta atmósfera de silencio rumoroso, como un pájaro de alas de seda. Mis ojos se humedecen y una ola de tristeza y de amor inefable por todo me sube al corazón. ¡Ah, no soy del todo malo todavía!

FRAY CANDIL



EL POLO

El polo es uno de los *sports* más en boga en el Reino Unido y en que más se ejercita la buena sociedad británica.

El origen del polo no es muy conocido. Un historiador diría que se pierde en la obscuridad de los tiempos. En una obra del poeta persa Firdusi, nacido á mediados del siglo x, se encuentra la palabra *changan*, polo en lengua persana.

En Inglaterra se supone que el origen de este juego se debe á un regimiento, que, de vuelta de la India, lo hizo conocer entre los hijos de Albión, habiéndolo éstos aumentado y corregido, hasta tener el atractivo que hoy tiene, y el entusiasmo con que lo practican.

No hay más que contemplar el grabado que damos en el presente número.

Los jugadores, brillantemente montados en sus *poneys*, van de acá para allá en desenfadada carrera como arrastrados por un furioso vendaval.

En apiñado pelotón unas veces, separados otras, todos corren, procurando posiciones estratégicas y con las mazas levantadas por el desnudo y vigoroso brazo, fija la vista en la redonda bala, dándole seguro porrazo despidiéndola al contrario que á su vez la recibe con tremendo golpe.

Los jinetes tan pronto parecen que arrastran su cuerpo por el suelo, como se alzan de pie sobre los estribos; los *poneys* convertidos en olas de espuma, corren, y saltan, como en un *steple*, tiéndose como liebre por los galgos, con las orejas echadas hacia atrás, la cortada cola hacia arriba, fuera de sus órbitas los ojos y la boca abierta y espumosa, tratando de morder á su rival de al lado, mientras los caballeros le obligan con los talones á proseguir su desbocada marcha.

Cuando finaliza la partida, y el triunfo de los vencedores se publica, jinetes y caballos quédanse jadeantes de cansancio, y por largo rato los jugadores parecen estatuas, más que seres vivientes. Como suelen quedarse nuestros pelotaris después de un partido en que ha habido verdadera y titánica lucha.

DOS REVOLUCIONARIOS

¡Ahí tenéis motivo para una página de esa literatura arqueológica—como se dice—que resplandece en *Salambo*.

Nada más sugestivo que la paz de los campos que envuelve á la pareja enamorada que de bracerío pasean las alegrías de una pasión que se sospecha tal vez, limpia de las contrariedades inevitables de la existencia. Nada más sugestivo que el quietismo de la ciudad campesina, en un tiempo en que por la sociedad corrían las convulsiones de la gran revolución.

No tardará la guerra famélica sin hartazgo, de vitandas campañas de devastación, en correrse á la aldea desde la ciudad... Mientras tanto ¡ruge con sus cien bocas la fiera! ¡Atruenan los aires los esperanzados gritos de una revolución que chorrea sangre!... ¡Ellos si que son revolucionarios! Andan bajo los cielos llenos de luz, conspirando contra la desventura. Han hecho mutuo juramento de procurarse la felicidad común.

¡Qué mejores tipos de revolucionarios... *cándidos*, que estos dos enamorados que se aperciben á concluir con el dolor humano, inseparable nuestro!...

Recomendamos el verdadero *Hierro Bravais*, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.





LA NOTA CÓMICA

La ópera.

SINFONÍA de gran efecto. Termina el *crescendo* entre las contorsiones automáticas del director, que unas veces se guarda la batuta debajo del brazo y otras la mantiene en alto, actitud á la que corresponden los profesores de la orquesta, esforzándose en un *calderón* interminable, hasta que al buen señor se le ocurre bajar la mano. (Aplausos.) El director saluda con cierta modestia y se dispone á repetir desde *dos por cuatro*, por regla general, pero algunas almas compasivas que notan el cansancio de los trombones, gritan: ¡no! ¡no! Se alza el telón y la cosa sigue adelante. Coro de aldeanos que beben agua y vino en vasos de cartón y tienen el cinismo de cantar:

*libare il liquore
in copa di cristallo.*

La tiple y el barítono vienen á interrumpir el *coqueo* del pueblo.

La tiple, sin acordarse para nada de su padre (el barítono), se dirige á la batería de la derecha y canta el amor que siente por Fernando (el tenor), en tanto que el barítono, por no aburrirse, canta en la batería de la izquierda. La contralto, las más veces, es enemiga mortal de la tiple, y aunque está en la mayor miseria, porque es hija de un emigrado polaco (el bajo), lleva unos magníficos pendientes de brillantes.

El tenor no sabe por cuál de las dos decirse, y así se pasa toda la ópera entre arias, romanzas y demás zarandajas.

El barítono ha oído soñar en alta voz á la tiple, que pronunciaba el nombre de Fernando, y claro está, jura matarla; pero la tiple, que sabe que su padre es un mal hombre, se escapa con su doncella (la partiquina), busca á su amante, pero éste no quiere comprometerse por si vienen mal dadas, y dice que él no se va de allí aunque lo maten. Entonces la tiple dice algo de *vendetta*, se adelanta á la concha y canta persiguiendo á la flauta con

una agilidad extraordinaria. (Ovación). La tiple se recoge la cola y saluda. Suelta tres gorgoritos más y muere de hipo.

El tenor la contempla breves instantes, saca la daga del cinturón y se la hunde en el pecho con la misma fe que quien toma una píldora. Lo más natural es que muriera; pues, no, señor: después de arrastrarse por la escena (esto es muy propio), se incorpora y canta una romanza en la que abusa del registro agudo, y deja de existir después de dar un *do* de pecho y de decir ¡*addio!*

La zarzuela.

Coro de aldeanos de sombrero redondo y pantalones de maragato, y de aldeanas vestidas con falditas de rayas, delantalito corto y corpiño. En el centro del coro, el tenor cómico cantando *couplets* con chistecitos para que se repitan (aunque no se repiten).

El tenor cómico es invariablemente el dueño de la hostería, que hay en primer término derecha, é íntimo amigo del tenor *serio* que es un pobre hidalguillo enflaquecido por el amor de una aldeana, hija del bajo, que suele mirar de mala manera á todo el mundo y que tiene muy malos sentimientos, por lo que anda encorvado toda la noche (porque en escena los malos siempre andan así).

El bajo no puede ver al tenor por *méndigo*, y le tiene dicho que el día que tenga un nombre podrá aspirar á la mano de su hija; en vista de lo cual, va y ¿qué hace? Se marcha á la guerra de Flandes, que es á donde van todos los tenores de zarzuela

que en el mundo han sido.

Como es costumbre, el tenor cómico y la característica, dueña quintañona casi siempre, se pasan la vida haciendo rabiarse al bajo, el que ignora que le toman el pelo.

Vuelve el tenor de *allá* hecho capitán y más gordo. Entonces las cosas se arreglan más fácilmente. El coro, que es un eterno gorrón, se convida á la boda; el tenor cómico les ofrece un pellejo de vino, después de

lo que, se cogen todos los personajes de la mano y miran al telar como diciendo: ¡Esto ya está listo! ¡Por nosotros puede bajar el telón!

La revista.

Telón corto de sala pobre. Una percalina encarnada que cubre la puerta del foro, para que no se vea la decoración del segundo cuadro.

Sale un personaje muy simpático, con patillas y vestido de levita, que en unas quintillas muy pulcras nos dice que ha inventado un anteojo con el que se ven las cinco partes del mundo, anteojo que tiene infinidad de lentes. (Mutis). Número primero. Coro de lentes, por las chicas del coro, vestidas con trajes simbólicos; cantan con bastante desafinación, mueven las caderas en todas direcciones, y las pasiones del anfiteatro se excitan de tal modo, que se repite el número.

Cuadro segundo. ¡El desierto de Sahara. Decoración nueva. (Aplausos al pintor). Éste hace dos ó tres saliditas modestas, y se retira agobiado de ¡bravos! Sale el desierto simbolizado por un actor genérico (que lo mismo hace *desiertos* que otra cosa), quejándose de su soledad. Aprovechando este crítico momento, sale la tiple y canta malagueñas, con lo cual el desierto se anima. (El delirio). Coro de chicas que simbolizan los granos de arena. Escena política entre Martínez Campos y Moret que representan el *simoun*.

Otra vez el coro de chicas. Esta vez del todo desnudas. Representan los vientos monzones. Se adelanta la primera tiple y canta el tango de la *neguita en la manigua*, que es frenéticamente aplaudido. Aprovechando este momento sale el músico.

Termina la obra con la apoteosis de la virtud, formada por cuatro bailarinas enfocadas por la luz *drumont*, se descubren los *principales personajes de la obra*, se da un viva á España con honra, y... al día siguiente tiritas de color en los carteles, gasen la Puerta del Sol y anuncios de ¡¡Éxito verdad!! ¡¡Palabra de honor!!

LUIS GABALDÓN

LA PERCHA MÁGICA, por Rojas.



1.—Pues mira, nos sentaremos allí; me parece el mejor sitio.



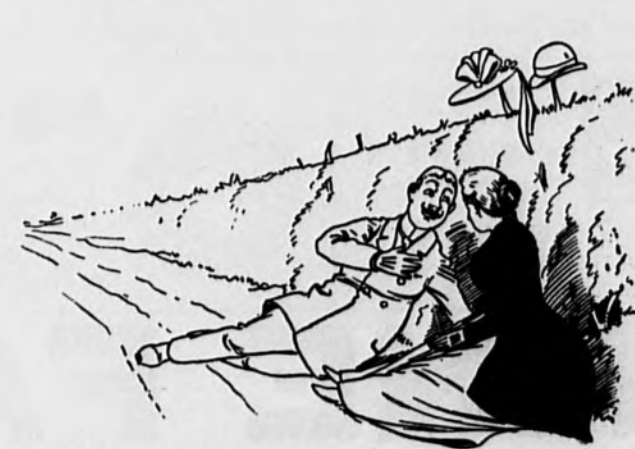
2.—¡Gracias á Dios! Qué bien se está sobre este terreno movedido.



3.—Pues ahora pongo mi sombrero aquí.



4.—Y el tuyo en este otro lado.



5.—¡El amor! ¡Oh, el amor!



6.—¡Yo sí que os voy á dar amor!!



— ANUNCIOS —

Director: A. ORTIZ DE PINEDO

CRÓNICA DEL SPORT

Administrador: JOSÉ L. LÓPEZ

SE PUBLICA DOS VECES AL MES, CONSTANDO CADA NÚMERO DE 16 GRANDES PÁGINAS PROFUSAMENTE ILUSTRADAS Y ARTÍSTICA CUBIERTA EN COLORES

Caza * Pesca * Esgrima * Gimnástica * Equitación * Pelotarismo * Toros * Teatros * Carreras de caballos * Carreras de velocípedos * Patines * Boxing * Agricultura * Jardinería * Regatas * Salones * Literatura * Bellas Artes * Actualidades.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.

Tres meses... 6 ptas.
Seis ídem... 11 »
Un año... 20 »

Ultramar.

Seis meses... 18 ptas.
Un año... 35 »

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS DE MADRID

EN LA PLANA 16
50 CÉNTIMOS DE PESETA la línea de 6 centímetros de ancho, del cuerpo 7.
EN LA CUBIERTA
40 CÉNTIMOS línea de igual tamaño y cuerpo.
RECLAMOS
UNA PESETA la línea entre las noticias del periódico.
Modelo de una línea de 6 centímetros de ancho.
Los de provincias y extranjero á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Provincias.

Tres meses... 8 ptas.
Seis ídem... 15 »
Un año... 25 »

Extranjero.

Seis meses... 18 ptas.
Un año... 35 »

Se suscribe en todas las librerías y en la Administración, Olmo, 4, Madrid.

La casa de DON CARLOS DENIS, 4, Rue Manuel, PARÍS, queda encargada de recibir las suscripciones y anuncios franceses para esta Revista.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK



Querido enfermo. — Fíjese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

LOS TIROLESES

EMPRESA ANUNCIADORA

Teléfono 331.—Oficinas: Barrionuevo, 7 y 9, entresuelos.— MADRID

— Agentes para anuncios

EN LA

CRÓNICA DEL SPORT —

VERDADERAS PILDORAS DEL D^r BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace mas de 50 años, por la mayoría de los médicos, para curar la **Anemia**, la **Clorosis** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes. La inscripción de estas pildoras en el nuevo Codex francés, dispensa de todo elogio.

NOTA. — Estas pildoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100 al precio de 5 y 3 francos, y nunca sueltas.

Exíjase sobre cada pildora el nombre del inventor como en esta marca. **DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES**

PARIS: 8, Rue Payenne. — De venta en las principales Farmacias.

OBRA DE OPORTUNIDAD

TALEMAS

34 LÁMINAS AL CROMO

ALBUM DE LA GUERRA **TALEMAS** PRECIO: UNA PESETA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

FALTA DE FUERZAS



EL HIERRO BRAVAIS

representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómese veinte gotas en cada comida.

Exíjase la Verdadera Marca. De Venta en todas las Farmacias. Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, París.

OBRA NUEVA

ALIMENTOS Y BEBIDAS

INVESTIGACIÓN DE SUS ALTERACIONES Y FALSIFICACIONES

POR EL DOCTOR CÉSAR CHICOTE

Jefe del Laboratorio Químico Municipal de San Sebastián, con un prólogo del Profesor D. Laureano Calderón, Catedrático de Química biológica en la Universidad Central.

Este libro, esencialmente práctico y de una utilidad indiscutible, hoy que todo se falsifica por industriales sin conciencia, es el primero que se publica en España acerca de tan difícil

materia y el más completo de cuantos se han publicado hasta ahora en el extranjero. El nombre del autor, ventajosamente conocido por otros trabajos, es ya una garantía para el pú-

blico, robustecida en esta ocasión con la firma del ilustre prologuista.

Para que pueda formarse una idea de la importancia de esta obra, copiamos aquí el

INDICE DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE

El agua potable (estudio químico y bacteriológico), Purificación de las aguas potables; Aguas gaseosas artificiales, Hielo natural y artificial; El vino, La sidra, La cerveza; El alcohol, Aguardientes y licores; La leche, Leches concentradas, conservadas y Harinas lacteadas; La crema de leche, El queso, La manteca de vacas, La grasa de cerdo, El aceite; Cereales, Harinas, El pan, Las pastas alimenticias; El café, El té, Los cacao y el chocolate; Los azúcares (sacarosa y glucosa), La miel de abejas, Los jarabes, Productos de confitería, Sacarimetría; La sacarina; Los vinagres, La sal común, La pimienta, El azafrán, Mostaza, pimentón, clavo y canela; Las conservas alimenticias, Reconocimiento de las vasijas de metal, de las estañadas y del barniz de alfarería.—Un tomo en 4.º mayor, de 740 páginas y 161 grabados, 15 pesetas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración, Olmo, 4, Madrid.

MEDALLA de ORO

Exposición Internacional

PARIS 1891

EAU CAPILLAIRE

PROGRESIVA

DEL

Dr. BRIMMEYR

LUXEMBURGO

para la recoloración del **CABELLO GRIS** garantizada en 3 aplicaciones

Inofensiva, perfume exquisito, no mancha ni la piel ni la ropa.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS.



ASMA Y CATARRO.

Curados por los CIGARILLOS ó el POLVO ESPIC, 2 fr. la Cajita.

Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias

Venta por Mayor: PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 20.

MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO

Exigir esta firma sobre cada cigarrito.

Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto

por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS